
D
DETECTIVE
Vic Peterson
EL ASESINO DE ESTRELLAS

VIC PETERSON

EL ASESINO DE ESTRELLAS

1ª EDICIÓN
OCTUBRE 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

MURDER OF STARS

Traducción de:

R. GARCÍA

 PRINTED IN SPAIN
Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona


El asesino de estrellas
por VIC PETERSON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

LA AGENCIA «PROTECTORA»

1

Milton Miller titubeaba raramente. Si era jefe del personal detectivesco de la acreditada agencia
«P-Men»,
debíase entre otras cualidades, a la de poseer un carácter más que decidido.

Pero vacilaba en llamar a la puerta de aquel piso porque no era lo mismo sacar de su ratonera a un maleante que someter a un interrogatorio cerrado a Roscoe Evans.

Había esperado pacientemente a que Roscoe Evans, como era su obligación, acudiera a explicarse.

Un elemento duro, aquel Roscoe Evans, muy apto para «guardaespaldas». Muy difícil para quien creyera que contestaría dócilmente a las más corteses preguntas.

Y como base principal en el titubeo de Milton Miller estaba Roberta Evans, la esposa.

Aplicó un seco golpe con los nudillos de la zurda en el panel, a la vez que apoyaba el índice derecho en el timbre. Un modo al parecer ilógico de llamar.

Una vieja costumbre. A veces la puerta estaba entornada, y cedía al toque de nudillos.

Pero ahora no cedió.

Tuvo la certidumbre de que al cabo de un largo minuto alguien

había hecho uso del encristalado y diminuto orificio. Un invento desagradable para que el que era visto y no podía ver.

Pulsó de nuevo el timbre.

La puerta se abrió y apareció la rubia *Mrs*. Evans. Su risueña expresión era carente de sinceridad.

—Buenas tardes, Miller. Pase usted.

—Buenas tardes. He de hablar con su marido…

Ella precediéndole, atravesaba el pequeño recibidor, entrando en un salón, modesto, pero agradablemente amueblado.

—Roscoe no está en casa.

—No está bien, no está bien —repitió, enojado, Miller—. Somos ya mayorcitos para jugar al escondite.

—¿A qué se refiere usted? —inquirió ella, irguiéndose en su asiento.

En pie, Milton Miller examinó como si la viera de pronto, la cinta azul de su sombrero panamá haciéndolo rodar entre sus musculosas manos.

—Verá, Roberta… Cuando usted vino a la agencia a pedir empleo para Evans…

—Fuimos Roscoe y yo.

—Pero usted se valió de la amistad que unió a nuestros padres. He de ser conciso y claro aunque me resulte desagradable. Yo entonces garanticé a Roscoe Evans.

—Y Roscoe ha cumplido siempre, que yo sepa.

—En efecto. Y si sigue cumpliendo, ¿por qué lleva tres días con sus noches rehuyendo el bulto?

—¡Roscoe no rehúye el bulto nunca! Empleo su modo poco elegante de hablar, Milton Miller. ¡Roscoe…!

—No se sulfure. La obligación de Evans era dar su parte diario, y carecemos de sus noticias hace ya tres días. No ha aparecido por mi despacho, y he tenido que venir aquí. ¿Ha perdido su temple, que se parapeta tras unas faldas?

Roberta Evans iba a replicar poco amablemente, pero tras ella una cortina se movió e hizo, acto de presencia Roscoe Evans, diciendo:

—Déjanos a solas, Berta.

Ella obedeció presurosa.

Alto y macizo, sin estar exento de agilidad, daba Roscoe Evans

la impresión de ser un peso pesado.

Su ancha faz, de pómulos salientes, poseía dos contrastes llamativos: el rojo intenso del cabello, y el frío azul de unos ojos inquisitivos.

«Un hombre guapo y primitivo», había dicho una cliente de la agencia
«P-Men».

Milton Miller, aproximadamente de la misma estatura, pero mucho menos corpulento, hubiera podido aparecer comparado con Evans, en caso de pelea, segura víctima.

Pero Evans conocía los recursos del jefe del personal de la agencia, especializada además de las investigaciones que se presentaban, en proporcionar escolta y protección a quienes la requerían.

Ambos se miraron un instante. Roscoe Evans se quedó tras el sillón recientemente abandonado por su esposa. Más que apoyar en el respaldo sus amplias manos, parecía dispuesto a levantar el sillón.

Milton Miller dijo tras un largo minuto:

—Estoy esperando, Evans.

—Póngase cómodo. Siéntese —replicó, entre dientes, Evans.

—Sería preferible que ninguno de los dos se comportara neciamente. ¿Debo recordarle que la
«P-Men»
le paga un sueldo para que dé cuenta de sus actos?

—Usted es un experto polígrafo, Miller. Y sin necesidad de su detector de mentiras podía haber adivinado una gran verdad. Que es la siguiente: He terminado con la
«P-Men»,
y no me parapeto tras las faldas de ninguna mujer. Quise evitar discusiones que a nada conducirían.

—La agencia tiene fama de proporcionar protectores seleccionados. La demanda presentada por Earl Ambrose, de San Diego, supone un grave contratiempo para la agencia.

—Me tiene sin cuidado, francamente.

—Usted al ingresar definitivamente en la agencia, tras el período de prueba firmo determinados papeles. ¿Recuerda la cláusula sexta?

—Repito que he dejado de pertenecer a su agencia, Miller.

—Seré burócrata, pero ahora me obliga a recordarle otra cláusula de su compromiso. Tenía usted que comunicar por escrito y con ocho días de anticipación su cese.

—Prescindamos de papeleo, ¿quiere, Miller? La policía de San Diego no me encarceló.

—Le dejó en libertad bajo fianza de mil dólares, y también porque Earl Ambrose prefirió no aumentar el escándalo en su ciudad natal. Pero a las seis irá a visitarme un abogado, en representación de Ambrose, y va a querellarse contra la agencia. Faltan treinta minutos. Lo mínimo que debió usted hacer, Evans, era darnos una explicación.

—Ya estarán en antecedentes, ¿no? La policía de San Diego levantó un atestado, y les habrán enviado una copia.

—Su obligación era ir a verme.

—Estuve paseando. He llegado a casa este mediodía.

—Cuando quiera Evans —invitó Miller.

—El abogado va a querellarse contra la agencia, ¿no?

—Por culpa de usted. Lo menos que puede hacer es estar presente cuando el abogado empiece su actuación.

—Yo responderé cuando el Juzgado competente en San Diego me cite.

Milton Miller se pasó la zurda por la nariz… Un ademán que sus íntimos traducían:

«Cuando huele a camorra se acaricia el olfato».

—Vamos a olvidar papeles, abogados, agencia y todo el pandemónium, Evans. Citaré tan sólo su obligación como hombre. ¿Quién le respaldó para que entrase en la agencia?

Roscoe Evans sonrió en rictus desagradable.

—Ya lo dijo antes, Miller. Me respaldó Roberta, su íntima amiga de la infancia, allá en el pueblo de la Sierra.

—A las seis estaré esperándole en mi despacho, Evans.

—No iré.

—Entonces, atienda. Si no aparece por la agencia antes de las seis, ya puede usted largarse a otro estado. Porque entre las lindes de California, yo personalmente con sumo gusto, le hundiré dondequiera que esté.

—Váyase, Miller. No quiero pelear con usted.

—Está usted en su casa, Evans.

—¡Un momento! No me gustan las amenazas…

Milton Miller, como atacado de sordera, atravesaba ya el recibidor.

Tocaba la puerta, cuando sobre su hombro se posó la diestra de Roscoe Evans.

—Aparte la manaza, Evans. Si a usted no le gustan los avisos, a mí menos los toques. ¡Quite la zarpa!

Lo que siguió tuvo la celeridad de una escena filmada en los tiempos primeros del cine.

El rápido directo demoledor que asestaba Evans contra la cara del que se había vuelto rápidamente pasó por encima del sombrero panamá.

Y la puerta retembló, mientras en el estómago de Evans se hincaba en doble vaivén el gancho que con cada mano, y con refocilamiento, dedicaba Milton Miller a su ex subordinado.

Acudía corriendo Roberta Evans… Inclinado hacia delante, gemía Evans, rota la mano derecha en su involuntario choque con la puerta…

Milton Miller no quiso oír los posibles insultos que le dirigiría la muy enamorada esposa del pelirrojo Roscoe Evans.

Abandonó apresuradamente el piso, bajando las escaleras. Sabía ya que en lo sucesivo tendría un peligroso enemigo en Roscoe Evans.

2

Mose Coleman
Abogado

—¿Cómo está usted, Coleman? —saludó Miller, dejando sobre su mesa la tarjeta que en silencio acababa de entregarle el que mirando su reloj al sentarse, quería demostrar con ello que poseía la virtud de la puntualidad.

—Sabrá usted a lo que vengo, Miller.

—No.

El abogado dejó de hurgar en su cartera para levantar la vista.

Tenía el rostro afilado, y parecía imposible que en su estrechísimo caballete de nariz pudieran cabalgar sin caerse las gafas.

—El escándalo de San Diego. Provocado por su agencia.

—Mi agencia no ha provocado ningún escándalo en San Diego. Radicamos en esta hermosísima ciudad de Los Ángeles.

—Jurídicamente usted es el jefe responsable de los detectives contratados como escolta. ¿Lo discute, Miller?

—No lo discuto.

Extrajo Coleman de su cartera un rectángulo de cartulina. Leyó un instante. Dijo con sequedad:

—El veintisiete de abril próximo pasado, mi cliente el señor Earl Ambrose extendió un cheque por valor de doscientos dólares a favor de la agencia
«P-Men»,
en concepto de honorarios anticipados por la prestación de un servicio de escolta y protección. Renovó dicho pago el primero del corriente mayo.

—Se le adeudan, pues, y le han sido girados por transferencia bancaria los cincuenta dólares, honorarios del día cuatro del corriente mes, al no haber realizado su cometido el detective contratado.

—¡Porque la noche del tres de mayo causó daños y desperfectos en la persona y mobiliario de mi representado!

Sonrió, sin poderlo evitar, Milton Miller. El abogado arrugada la frente, en alto las cejas, inquirió:

—¿Puedo saber si se ríe usted, Miller?

—Escuche, amigo. Yo no soy abogado, y hay ciertas maneras de calificar las cosas que me hacen gracia. Lo siento, pero debería aconsejar a su cliente que retire la demanda amigablemente.

—Concretemos. Mi cliente contrata los servicios de un detective llamado Roscoe Evans, que se compromete a evitar que causen molestias a mi cliente.

—No tergiverse, amigo Coleman. Extendió los cheques Earl Ambrose, pero también firmó la demanda de escolta y protección. ¿A nombre de quién? De Carolyn Lefever.

—¡Sabe usted perfectamente que Carolyn Lefever es el nombre artístico de la señora Ambrose!

—¿Causó Evans desperfectos y daños en la persona o mobiliario

de Carolyn Lefever? El compromiso de Evans era conseguir que dicha dama no fuera importunada por los cazadores de autógrafos y sablistas.

—¡Earl Ambrose sigue en la clínica con doble fractura maxilar! Lesiones de pronóstico menos grave, dictamen médico que incluye además de la doble fractura, equimosis labial, pérdida de incisivos, tres puntos de sutura en ceja derecha y magullamiento general. ¡Aquí consta!

—Sea más vulgar, Coleman. No me apabulle con exclamaciones. ¿Cuánto pide Ambrose?

—Mi cliente exige una indemnización de cien mil dólares, y le advierto que el interés de la agencia está en pagarlos antes de que prospere la demanda y se convierta en acto público.

—Demuéstreme que éste es el interés de la agencia.

—¡Salta a la vista! ¿Quién contrataría los servicios de la agencia «P-Men»
cuando la Prensa pregone a los cuatro vientos que los detectives encargarlos de proteger maltratan a sus propios clientes?

—Earl Ambrose no es cliente. Le hago una contraoferta, Coleman, muy razonable. La agencia me ha facultado para que le presenté con carácter de irremisible una definitiva solución que dé término a este enojoso asunto. Liquidaremos las facturas de reparación de mobiliario y clínica.

—¡Esto es absurdo! —exclamó Coleman, poniéndose en pie—. ¡Mañana mismo daré curso legal a la demanda!

—Piénselo bien, amigo —dijo suavemente Miller.

Mose Coleman, que iniciaba ya una retirada majestuosa, se revolvió como picado por un tábano.

—A mí no trate de amilanarme. Sé perfectamente quién es usted, y si físicamente le soy inferior…

—Trate entonces de demostrar qué me es superior cerebralmente. ¿Qué conseguirá Ambrose llevando este asunto a los tribunales? ¿Perjudicar la acrisolada honorabilidad de la agencia o cubrirse de ridículo? Le asiste personalmente un solo derecho: que sean abonadas las facturas. Si reclama judicialmente será el hazmerreír de toda California. Tengo copia del atestado policíaco. Detuvieron a Evans por agresión y maltratamiento. Lo pusieron en libertad bajo fianza. ¿Quién solicitó su libertad? Aquí dice que fué

Carolyn Lefever, y añade que gracias a su declaración se comprobó que la primera agresión partió de Ambrose, el cual además estaba ebrio…

—¡Mentira, falacia, argucias!… ¡Es precisamente Carolyn Lefever la que apoya la demanda judicial que represento!

—Usted no es ningún abogadillo novato, Coleman. ¿No se da cuenta que lo que busca Carolyn Lefever es propaganda? A ella no le importa ridiculizar a su marido porque debe estar harta de él, o porque antepone la propaganda a todo. Pero usted ha actuado hasta ahora representando mejores causas. No le gustaría que nuestro abogado, tras dilucidar que al ocurrir los hechos, no estaba de servicio Evans…

—¡Los servicios se contratan a razón de cincuenta dólares diarios por veinticuatro horas!

—Es un eufemismo, Coleman —rió Miller, brillantes los pardos ojos—. Los clientes duermen, se bañan, comen…

—Costaría demostrar lo contrario de lo escrito. ¡Cincuenta dólares por cada fracción de veinticuatro horas!

—Pero hay un punto más peliagudo en el que no le conviene verse mezclado, Coleman. Estaría nuestro abogado muy dispuesto a demostrar que Earl Ambrose, entre otros antecedentes recomendables, cumplió dos meses de prisión en Nueva Orleáns por intento de chantaje. Y… deduzca ahora, Coleman.

Mose Coleman se dirigió de nuevo a la puerta. Abriéndola, anunció:

—Me atengo a las instrucciones de mis clientes. Buenas tardes, Miller.

—Su seguro servidor, Coleman.

—Y no debería estar tan seguro de sí mismo.

—De mí siempre estoy seguro porque sé dónde piso. Y si resbalo, me arrepiento, o sé responder.

—¡Usted acaba de decirlo! —Y el abogado tendió un índice, acusador—. Si a Roscoe Evans le asiste toda la razón, ¿por qué no ha estado presente?

—Ha sufrido daños y desperfectos en su persona, y también en su mobiliario. Astilló su propia puerta. La agencia no pagará las facturas. Buenas tardes, Coleman.

3

Tras la partida del abogado, atendió sucesivamente Miller dos visitas.

Despidió a la última, un comerciante de Oregón que solicitaba escolta de dos detectives hasta que fuera patentado un invento cuyos trámites de legalización le obligaban a permanecer quince días en Los Ángeles.

La secretaria de recepción habló por el dictáfono:

—Una visita sin cita previa.

—Son las siete y media, Mary. El horario es muy inteligente. Le toca a Glancy trabajar a partir de las siete.

—Es a usted a quien quieren ver. A usted personalmente.

—Mañana estaré visible.

—Es la señora Ambrose.

Hasta por el dictáfono sonaba matizada de insinuaciones inhabituales la voz de la poco agraciada pero valiente Mary Johnson.

—¿La señora Ambrose? ¿La madre de Earl Ambrose?

—La esposa de Earl Ambrose.

Otra voz intervino:

—Carolyn Lefever. Y deseo ser recibida al instante.

—Sus deseos son órdenes para mí, señorita Lefever. Enséñele el camino de mi puerta a la señorita Lefever, Mary.

CAPÍTULO II

EXPERTO POLIGRAFO

1

Veinte años antes habían ya aparecido fotografías de Carolyn Lefever, en publicaciones destinadas a sustentar el dorado mito de la fácil y envidiable existencia de las «estrellas» de cine.

El advenimiento del sonoro en nada perjudicó la ascendente carrera de Carolyn Lefever.

Y, como pensaba Miller viéndola aproximarse, tampoco el cine en relieve la perjudicaría, sino muy al contrario.

La que en 1933 había sido llamada «tanagra», «bibelot», «manzanita» y otras lindezas, merecía en 1952 más cálidos elogios, menos empequeñecedores.

Era una sazonada manzana sabrosísima, según hubieran podido declarar sus anteriores tres maridos.

—Su rendísimo admirador, señorita Lefever —saludó Miller, manteniendo bien abierta la puerta.

—Lo dudo —replicó ella, dirigiéndose rectamente al sillón tras la mesa.

«Soberbia, autoritaria y dominante», se quejaban en los estudios.

«Muy caprichosa y violenta», manifestó su tercer marido.

Permaneció Miller en pie a un lado de su mesa. Los claros ojos de un extraño color indeciso entre el verde y el azul, detallaban al detective.

Milton Miller no era descarado, salvo cuando se encontraba ante

personas que no eran de su agrado.

Físicamente, como a miles de espectadores, le gustaba Carolyn Lefever.

Pero detestaba la vanidad.

—¿Conque es usted el famoso Milton Miller?

—¿Y usted la no menos famosa Carolyn? No hace más de una hora que estaba precisamente hablando de usted.

—También le silbarán los oídos, porque desde hace tres días mencionamos mucho a su agencia.

—No es mía. Soy simplemente el jefe de personal.

—Supongo que mi visita le habrá extrañado.

—Si he de ser sincero, no me ha extrañado, porque le dije a Coleman…

—¡Coleman es un ratón estúpido! ¿Quiere un cigarrillo?

—No, gracias. Los «Abdullah» con boquilla pétalo de rosa me producen confusión.

—Me temo que a usted pocas cosas pueden confundirle. ¿Cómo averiguó que Earl estuvo dos meses en prisión? Sobreseyeron la causa, y era un arresto en proceso.

—Cuando se recibió el atestado de la comisaría de San Diego, empleamos un agente especial. Siempre nos interesa saber con quién tratamos.

—Deberían emplear esa buena costumbre antes de reclutar detectives como Evans.

—Ya lo hicimos, y el organismo federal aprobó su petición de licencia para uso de armas.

—Se portó como un rufián en mi casa.

Milton Miller se acarició la nariz.

Ella exhaló una bocanada de humo, y el diminuto pie derecho calzado en sandalia de alto tacón se movió oscilando.

Las satinadas rodillas valían mucho más que un «nylon», al alcance de cualquier pierna femenina.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué, señorita Lefever?

—No estamos manteniendo la ilusión de mis admiradores. Ellos pueden considerarme soltera gracias al departamento de propaganda, pero sepa usted que me gusta que me llamen «señora». Tiene usted un modo de recalcar el «señorita» que me molesta.

—Mi galantería es indiscutible, señora, pero quiero apuntar dos premisas. La primera, que no soy empleado de ninguna empresa del celuloide, y la segunda, que al sentarse usted en mi sillón no adquirió más derecho que el de esperar de mí la natural cortesía. ¿Me permite aspirar a un recíproco trato?

—Después de lo que ha hecho un hombre al cual usted nos recomendó, me asiste toda la razón al sentirme no sólo indignada, sino dispuesta a demandar judicialmente una agencia, que como ésta, no elige con más cuidado su personal. Yo no soy un ratón asustadizo como Mose Coleman. No me importa que salga a relucir que Ambrose permaneció dos meses bajo arresto en Nueva Orleáns. Tampoco me importa el «qué dirán»…

—No sólo no le importa, sino que lo busca afanosamente. Pero ya tiene un servicio de propaganda, señora Ambrose. Intentar desacreditar la agencia es un mal sistema de propaganda.

—Ahórrese consejos, Miller. No he venido a buscarlos, sino a dárselos. Su agencia presentará públicas excusas ante el tribunal.

—¿La señora madre de Earl Ambrose, muy respetada y respetable, está conforme en que valiéndose de un legítimo derecho, nuestra agencia demuestre por medio de su abogado, que Earl Ambrose no es precisamente un ciudadano honorable?

—Esa pregunta no es usted capaz de repetirla ante testigos.

—Si llega el caso, sí. Escuche, señorita Lefever… Un proceso escandaloso no le aportaría una propaganda comercial. Casi me atrevo a asegurar que le cerraría las puertas de muchos estudios.

—¿A mí? ¡Está usted loco, Miller!

Milton Miller señaló hacia una mesa lateral. Encima de ella había una caja cuadrada.

Con sus botones, el voltímetro y el tambor donde las agujas al ponerse en marcha el detector de mentiras trazaba sus arabescos, el aparato de control de reacciones tenía mucha similitud con el cuadrante de cualquier laboratorio.

—¿Conoce esto?

—Sí. Es un polígrafo. Una de esas tonterías que algunas empresas emplean para examinar a su personal. ¿Qué tiene que ver con lo que hablamos?

—Roscoe Evans se sentó en la silla y le apliqué los electrodos. Le hice unas preguntas anodinas, como es de rigor, y no se alteró su

ritmo cardíaco, ni sus inspiraciones pulmonares. Tampoco osciló su tensión arterial. Pero en cambio quedaron registradas las alteraciones violentas, como respuesta a unas preguntas preparadas de acuerdo con un cuestionario, para cuya confección me basé en los hechos anteriores y posteriores a la noche del tres de mayo.

—Interesantísimo. ¿Puede indicarme qué preguntas alteraron el corazón y pulmones de Roscoe Evans?

—Las respuestas, después de hacerlas públicas nuestro abogado, las podrá usted leer en la Prensa, señorita Lefever.

—Me río yo de su polígrafo. Ya sabe que judicialmente no tienen valor las mentiras o verdades detectadas por este instrumento ilegal.

—Legalmente, no lo discuto. Pero sirve para comprobar un tanto por ciento de verdades. Las he comprobado.

—Dígame tan sólo una.

—Usted provocó este escándalo. ¿Con qué fin? ¿Sólo para propaganda? ¿Para librarse de Earl Ambrose?

—Dice usted que Roscoe Evans toleró este aparato. ¿Cuándo?

—Exactamente anteayer, cuatro de mayo.

—¿Sí? ¿A qué hora, más o menos? —sonrió ella.

—Entre cinco y seis de la tarde.

Carolyn Lefever emitió una melodiosa risa muy acústica.

—Es pasmoso lo que descubre su polígrafo, Miller. Realmente, tiene usted derecho al uso del título de…, ¿cómo se llama?, ¿experto detector?, ¿sociopsicólogo?

—Llámeme experto polígrafo. Le daré una prueba. No sólo detecto las mentiras ajenas, gracias al polígrafo, sino que empleo mentiras propias en servicio de la verdad. Usted sonrió cuando le dije que anteayer se sentó aquí Evans. Se rió cuando cité la hora. Es muy lógico, señorita Lefever. Hasta ahora ningún mortal está dotado del don de la duplicación. Mal podía estar aquí Evans a las cinco de anteayer domingo puesto que se encontraba en la playa de San Clemente.

Carolyn Lefever no sonreía. Dijo incisivamente:

—Ignoro con qué finalidad me miente usted.

—Para evitar que el tribunal la confunda y quede usted convertida de estrella de cine, en solemne embustera.

—¿Cómo se atreve usted…? ¡Es vergonzoso!…

—Me ha obligado usted a anticipar le lo que determinaría el tribunal y la Prensa, con deducciones que aportaríamos si usted persiste en demandarnos judicialmente. Le garantizo que no haremos uso de lo que sabemos…

—¿Qué presume usted de saber?

—Reducido a sinopsis de guión, trataré de exponérselo lo más correctamente posible. El veintisiete de abril, su cuarto esposo contrata un detective para que dé escolta a la actriz Carolyn Lefever, importunada y asediada. El tres de mayo, a las once y cuarto de la noche, ligeramente ebrio, Earl Ambrose estima que el detective no tiene derecho a abrazar a la artista Carolyn Lefever. La acción transcurre en el saloncito de música. Earl Ambrose intenta aplastar la cabeza de Roscoe Evans con una estatua de bronce. Roscoe Evans no se deja aplastar la cabeza. Hasta aquí, todo a favor de Earl Ambrose. Se comportó muy varonilmente, y no puede reprochársele no haber acertado con la estatua.

—Haría usted algún dinero como sugeridor de sinopsis, Miller.

—Gracias. La versión anterior es la que pretende explotar el abogado Coleman. Nuestro abogado, presentando abrumadoras pruebas, demostrará que no es lo mismo ser una buena estrella de cine que pretender una propaganda inadecuada.

—Yo pretendo evitar que otras personas sufran daño por mediación de supuestos detectives protectores.

—Las otras personas serán consecuentes y tendrán más cerebro que usted, señora. La legítima ira de una esposa hubiera emocionado al tribunal. Pero si Carolyn Lefever al día siguiente, y mientras Earl Ambrose está yacente en su lecho de clínica se encuentra de cinco a seis y diez minutos en la playa de San Clemente riendo bajo la protección de un parasol y en compañía de Roscoe Evans, ¿qué pensará el dignísimo tribunal? Cuando menos que mi antiguo detective y la demandante se han confabulado en intento de doble beneficio: propaganda para la estrella, y unos miles de dólares para el ex detective. Y no hablemos de la «Liga de Buenas Costumbres»… Estas señoras muy tiesas, que en el país donde el divorcio impera considerarían apta para cerrar las taquillas cualquier película de Carolyn Lefever. Si aspira a un quinto marido, señora, espere al menos dos cosas. Primero, que se divorcie Roscoe Evans, y segundo, a que deje de ser su esposo Earl

Ambrose.

—¿Debo felicitarle y declararle que es usted maravilloso?

—Debió pensar que además de facilitar «Protector-men», somos acreditados en toda clase de investigaciones y apenas recibimos la mañana del cuatro de mayo, domingo, la notificación de la comisaría de San Diego, sin que compareciera Evans, movilizamos varios detectives. Uno, la vigiló a usted, y los otros tres buscaban a Roscoe Evans. Coincidieron en la playa de San Clemente dos de ellos. Roscoe Evans dice que estos tres días estuvo paseando. Y, en efecto, ayer, cinco, y esta mañana, seis, parecía un hombre muy distinto al de la tarde del cuatro. Parecía incapaz de inspirar risas a nadie, señorita Carolyn. ¿Jugó usted con él?

—Yo no juego con nadie, sépalo.

—Entonces, ¿por qué a partir de la entrevista en la playa de San Clemente, a la que fueron por separado y empleando distinto camino, han sido inútiles los esfuerzos que hizo Evans para obtener una entrevista con usted?

—Evans se creyó lo qué no era… Confundió alguna familiaridad tolerable con un sentimiento más profundo. Y por esto me entrevisté en la playa de San Clemente con él. Para anunciarle rotundamente que no debíamos vernos más.

—Sea lo que sea, creo que su visita ha sido beneficiosa para ambos, señorita Lefever. Yo he podido admirarla de cerca, y usted ha comprobado de cerca que antes de entablar demandas contra una agencia de detectives hay que urdir sin cabos sueltos el tejido. Comprendo que era muy tentadora la ocasión. Usted imaginó ya el efecto en la masa lectora de revistas cineastas cuando les saltara a los ojos en grandes titulares: «Un roquizo detective, escolta de la estrella Carolyn Lefever, enamorado hasta perder los estribos».

Ella rió casi amablemente.

—Desde que he entrado está usted en un error, Miller. Le pregunté si mi visita le extrañaba, y usted habló del estúpido de Mose Coleman. Pero yo no venía a verle por lo sucedido en mi casa de San Diego, sino por esto.

Del bolso extrajo un librito que echó sobre la mesa.

Dijo, sin poder evitar cierto sincero dramatismo:

—Alguien quiere matarme.

2

Milton Miller cogió el librito. Era una revista de las llamadas de bolsillo. Alternaba una sección dedicada a narraciones de crímenes truculentos, con otra de argumentos de cine, ilustrados con reproducciones de las películas.

En la portada, en composición fotográfica, ocupaban una esquina dos rostros muy juntos: el de un actor que había sido pareja de Carolyn Lefever en la última película filmada.

El rostro de ella resplandecía de atractivo.

No era debido al clisé el cerco negro que rodeaba el rostro de Carolyn Lefever en aquella portada.

Era también debido a una pluma el círculo que rodeaba en la esquina inferior el cadáver de una rubia echada de bruces sobre una acera, al pie de un farol.

Milton Miller hizo correr con el pulgar varias hojas. Le llamó la atención una serie de circulitos negros.

Rodeaban letras aisladas.

—Empieza en la primera página —advirtió ella.

En la primera página, en las mayúsculas tintadas de rojo que enunciaban el título de la revista, resaltaba más el cerco negro en rededor de algunas.

Y seguía el cerco negro…

Era una invitación a leer formando palabras con las letras contenidas en los circulitos negros.

La primera página, una vez realizada la operación de unir desde la primera letra enmarcada hasta la última, decía:

«Morirás irremisiblemente antes que…».

Al volver la página Miller, indicó Carolyn Lefever:

—He copiado lo que dicen las letras con el círculo a tinta. Han bastado ocho páginas de la revista. Dan apenas media cuartilla.

—Me ahorraré trabajo.

Cogió Miller la cuartilla que ella tendía. Leyó en voz alta:

—«Morirás irremisiblemente antes que el cuarto menguante decline. No soy ningún asesino lunático. Recibirás pronto una prueba. De nada te servirá la ayuda de nadie. Morirás irremisiblemente antes que el cuarto menguante decline».

Insertó Miller la cuartilla escrita por Carolyn Lefever entre la

octava y novena páginas.

—El calendario anuncia luna llena el día trece.

—Antes de entrar en consideraciones meteorológicas, señorita Lefever, estimo esencial…

—¡No es otra propaganda que me busco, Miller! Puedo jurárselo si es preciso… Yo recibí esta revista en un sobre ordinario, donde mi nombre y dirección no constan. Echaron sobre y revista en el buzón de mi casa de San Diego. Esta tarde.

—¿Cómo sabe que era esta tarde?

—El ama de llaves abre tres veces el buzón de la verja. Por la mañana a las nueve, después de la comida, y antes de la cena. Coloca el correo sobré una mesita. Y el sobre conteniendo esta revista se hallaba entre las cartas que retiró después de la comida.

—Puede tratarse de una broma pesada. Entre la gente del cine…

—Comprenda que pese a mi pretendido gran sentido del humor esperar en esta ocasión hasta que decline el cuarto menguante para convertirse en luna llena, y pueda yo cerciorarme de si era broma o no sobrepasa el límite de mi sentido humorístico.

—¿Por qué me hace objeto de sus preciosas confidencias?

—Este sistema de anunciar mi muerte podría haber sido inventado por un hombre como Roscoe Evans.

—Roscoe Evans, como todos nosotros, abunda más en defectos que en virtudes, pero no tiene temple para entretenerse rodeando tan delicadamente con plumilla y tinta china letras seleccionadas que compongan su mensaje. ¿Reconoce, pues, que dió usted a Roscoe Evans razones más que suficientes para que aspire al intento de asesinato?

—Preferiría apartar los dos casos. Uno ya pasó. El otro puede pasar… Un leve matiz diferencial en el que mi vida puede estar en juego. Éste ha sido el motivo de mi visita, pero como empezamos a discutir…

—Por mí, discusión terminada, si acepta usted darme por escrito una renuncia a pleitear retirando la demanda.

—¿A cambio de…?

—De impedir con nuestra abstención que entre en funciones la «Liga de Buenas Costumbres». Yo, particularmente, acepto que usted jugueteó un poco con Evans, el cual perdió los estribos, cuando su obligación era respetar su compromiso. Ningún detective

asalariado como escolta puede atender a sentimientos privados hasta que no termine su cometido. Reconozco también que sufrió mucho teniéndola presente porque es usted eminentemente tentadora.

—Estoy dispuesta a firmar lo que me pide a cambio de que usted acepte poner en claro si es broma o se debe a un lunático asesino el aviso que contiene esta revista.

—Con sumo placer. Trato hecho.

Bajó Miller la palanca del dictáfono. Dijo:

—Tráigame el expediente Evans, Mary.

Encendió la «estrella» otro «Abdullah» de pétalo de rosa.

Milton Miller abrió la puerta para coger de manos de la secretaria una carpeta.

Regresando, extendió sobre la mesa varias hojas mecanografiadas.

—Son formularios ya rellenos. Basta con que firme, señorita Lefever.

—¿Todo previsto?

—Los preparó el abogado de la agencia por, si llegado el caso a una amigable componenda, se daba por finalizado.

—¿Puedo llevármelos y consultar a Mose Coleman?

—Puede hacerlo. Mañana reanudo mi servicio a las nueve. Cualquier novedad ocurrida entre ahora y mañana a las nueve, pasa al despacho de mi suplente Otto Glancy.

—¿Cualquier novedad… incluye al lunático?

—Lo dice claramente el mensaje. Recibirá usted una prueba de que no es lunático. Posiblemente un chantaje. Aterrorizarla primero, y después una petición de dinero. Puede estar tranquila.

—A usted le es fácil aconsejar tranquilidad siendo yo la amenazada de muerte.

—Firme y estoy a su disposición.

—Consultaré primero con Coleman.

—Muy bien hecho. Un asesoramiento jurídico nunca sobra. Debió recordarlo antes y explicar a Mose Coleman la riente entrevista de la playa el domingo de cinco a seis tarde.



Otto Glancey miraba con atención el matasellos

Levantándose, dijo ella:

—Todavía no sé si le odio o le admiro, Miller. En lenguaje vulgar, «me ha dado usted un baño».

—En lenguaje técnico, yo diría que los aficionados nunca pueden superar a los profesionales, salvo los genios. En la pantalla, será usted genial, señorita Lefever. En mi oficio presumo de comportarme sensatamente.

—Hasta mañana, Miller.

—Su rendísimo servidor.

Introduciendo en su bolso la revista, Carolyn Lefever, actual señora Earl Ambrose, abandonó el despacho.

Por la puerta de acceso particular hizo lo mismo Milton Miller.

Ya tenía en qué pensar aquella noche. En el trío Carolyn Lefever, Earl Ambrose y Roscoe Evans. Y en una revista donde una selección de dos dibujos y letras componía un extraño mensaje.

CAPÍTULO III

NOCTURNO SIN LUNA

1

El turno de noche era paradójicamente de «todo reposo» en la agencia
«P-Men».
Al menos así solía ser la mayor parte de noches.

Otto Glancy, segundo jefe de personal, tenía la secretaria ideal. Esto afirmaba muy ecuánime la propia secretaria Jenny.

Porque, según argumentaba Jenny, cuando al filo de la medianoche Otto Glancy quería descabezar un sueño en el amplio y confortable diván-cama del despacho, ella, Jenny, podía velar su sueño.

Sin equívocos.

Otto Glancy asentía, porque estaba enamoradísimo de su esposa Jenny…

Aquella noche del seis de mayo, una vez todo el personal en activo hubo enviado su parte telefónico de «sin novedad», y el vigilante portero se instaló en su mecedora tras la puerta cerrada, Otto Glancy, en mangas de camisa, apagó la radio.

—Un poco de café no te vendría mal, queridín —propuso la esposa-secretaria.

Un metro ochenta y seis repartidos en ochenta y ocho kilos atléticos no inspiraban ideas de diminutivos a los adversarios de Otto Glancy cuando actuaba.

Pero la trigueña Jenny, un metro cincuenta y cuatro, con tacones altos, sentía una gran pasión casi maternal por el que se había acostumbrado ya a ser calificado con mimosos diminutivos «en privado».

Ante las visitas, Jenny era la perfecta secretaria.

—Si tomo café tardaré un par de horas en pillar el sueño, Jenny. Y esta noche se anuncia tranquila.

—Toca madera, nenito. Aun me tiemblan las piernas cuando me acuerdo de aquella noche que dijiste lo mismo… y estuviste una quincena en la clínica.

—Y los otros dos, ¿qué? Todavía anda cojo el muy maldito tunante de…

Otto Glancy revistió apresuradamente su americana. Jenny pasó tras la mesita, sentándose y colocando una hoja en el rodillo de la máquina.

Había sonado el zumbador, con el que avisaba el portero detective una visita.

Eran las once y media.

Otto Glancy se alisó los cabellos, y fué a abrir la puerta. Podía ser un excelente esposo, pero poseía un par de ojos muy detallistas.

Y no tenía desperdicio la visitante. Menuda, como le gustaban. Y con un reparto tan excelente de curvaturas que resultaba eminentemente femenina.

—Buenas noches —dijo la visitante—. Será un poco tarde, pero no tuve más remedio…

—Buenas noches. Siéntese, y tranquilícese.

En la hoja, la secretaria Jenny escribió:

«Ya está tratando de hacerse el indiferente y paternal. Pero no cabe duda que ésta monería le gusta».

—Yo estoy muy tranquila… desde que le he visto, señor…

—Glancy. Otto Glancy.

Ella rió un poco trémula.

«¿De que conozco yo a esta gatita melindrosa?», se preguntó, repiqueteando en la máquina, Jenny.

—Me pone nerviosa la máquina, señor Glancy.

Otto Glancy lanzó una ojeada severa a la secretaria.

—Gracias, señor Glancy. Un conocido mío me dijo que esta agencia proporcionaba guardaespaldas de toda garantía. Estoy francamente asustada, créame, señor Glancy. Hubiera podido recurrir a los policías de los estudios, pero no quiero que luego, los columnistas de chismes, que siempre andan merodeando, digan que me busco propaganda.

—¿Es usted artista de cine?

La ingenuidad de Glancy entusiasmaba a su esposa. ¿Podía haber algo más ofensivo que preguntarle a una naciente «estrella» como Luana Graham si era artista de cine?

—Soy Luana Graham, señor Glancy —anunció la «estrella», con el tono de voz de un maestro enseñando algo elementalísimo.

—¡Caramba! Ya decía yo…

—«Sueño sin despertar» —apuntó Jenny, acudiendo en ayuda del que aborrecía el cine.

—Eso es —aprobó, contenta, Luana Graham, mirando con cariño repentino a la secretaria—. Ésa ha sido mi última película.

—La señorita Graham recibe a diario un promedio de novecientas cartas, señor —aclaró Jenny.

—¡Caramba! Y decía usted, señorita Graham, que estaba francamente asustada.

Luana Graham colocó sobre la mesa un sobre de papel recio, parafinado.

Lo cogió Glancy y leyó la dirección:

«Luana Graham».
Sandhurts, 153.
Beverly Hills (14).

—Contiene una revista. Un número atrasado. Y en la portada estoy yo.

Sacó Glancy la revista. En la portada, un círculo hecho a pluma destacaba el semblante aniñado de Luana Graham, en su papel de *squaw* india.

En la esquina inferior, otro círculo de tinta china destacaba el dibujo que podía ser considerado como un bodegón fúnebre.

Una naturaleza muerta y macabra. Una mano femenina cortada, un cuchillo enrojecido…

—Me chocó cuando mi secretario me trajo este sobre. Está facultado para abrir y contestar mi correspondencia. El mismo me aconsejó venir a visitarles, pero a hora en que no me viera nadie. Esta hora es la mejor. El matasellos lo ha mirado con lupa mi secretario.

Otto Glancy miraba sin lupa el matasellos. Dijo:

—Ha sido echado esta mañana en el buzón de urgencia número 303. Por favor, Jenny, ¿quieres mirar la guía? Creo que el buzón de urgencia…, no, el que está en la esquina de Bond, es el número 33. Decía, pues, señorita Graham, que su secretario le trajo este sobre abierto. ¿Cuándo?

—A las cuatro de la tarde me trae para la firma la correspondencia y fotos. Fué a las cuatro de la tarde. Dice Max que puede ser una broma pesada. Pero, por si acaso, me dijo que viniese a pedir una investigación. Y como Max no puede estar las veinticuatro horas conmigo, me dijo que no vendría mal un guardaespaldas, al menos hasta el día trece.

—¿Por qué precisamente hasta el día trece?

—Porque es luna llena.

Lo dijo ella también como si se tratara de un axioma.

Otto Glancy pestañeó.

—El buzón 303, señor, de urgencia, es el instalado en la boca del subterráneo norte, acera principal, Avenida Lincoln —aclaró Jenny.

—Oiga… ¿Qué hablaba usted de la luna llena, señorita?

—Lo interpretó Max. Max Holder es mi secretario. Un guionista famoso, y sería el mejor si trabajase seriamente, pero quiere ser libre…

—Hablaremos después de Max Holder. No comprendo su mención de una luna llena el día trece.

—En la primera página verá usted letras entintadas. Vaya leyendo letra por letra con el redondel…

Jenny acudió para colocarse a un lado de su marido. Fué ella la que en voz alta empezó a deletrear:

«Mueren jóvenes los elegidos de los dioses, Luana. Y.».

Volvió la página Otto Glancy, y siguió deletreando Jenny:

«Antes del plenilunio morirás, recibiendo primero otro aviso. Si».

Fué ahora Glancy el que a la vez que pasaba a la página 3, leía:

«Te imaginas que la policía puede evitar lo irremediable, tu desengaño…».

—Lo pasaré a máquina, señor —dijo Jenny, arrebatando la revista de manos de su marido.

—«… tu desengaño será el postrero, fatalmente —recitó, entornando los párpados. Luana Graham—. No hay más letras rodeadas del trazo negro, señor Glancy, hasta la penúltima página, donde las marcadas dicen: "No brillará para ti la luna llena"».

Otto Glancy sonrió.

—No debe inquietarse, señorita Graham. A mi parecer, esto es una estúpida chanza, pero no obstante, ya que le anuncian otro aviso, haré la investigación pertinente. Dígame: ¿sospecha de alguien en particular?

—Que yo sepa no tengo enemigos. Max dice que puede ser un chantajista, porque como hace una semana percibí ciento cincuenta mil dólares al firmar un nuevo contrato y lo han publicado…

—¿Por qué no le ha acompañado su secretario?

—A esta hora está libre. Max viene de tres a cinco. Muchas me envidian porque Max, rebelde a todo horario, y siendo como es un guionista de categoría, aceptó ser mi secretario. Y se negó a percibir sueldo. Dice que la correspondencia que yo recibo le sirve de documentación para temas amorosos muy románticos. Los que me escriben suelen ser estudiantes…

Otto Glancy escuchaba, consultando a la vez un fichero. Preguntó:

—¿Le aconsejó Max algún detective en especial?

—Me dijo que procurase que pudiera parecer mi abuelo —rió ella.

Pero aunque sus veinte años fueran pueriles había latente temor

en las pupilas de la «estrella».

—Carter Clintock está libre, señor —apuntó Jenny, regresando con la encadenada hilación de letras mecanografiadas.

—Carter Clintock, eso es. Llámale, Jenny, y que venga al instante. Carter Clintock es el adecuado para usted, señorita Graham. Buena presencia, cabellos blancos, y muy eficaz como acompañante protector. Primer premio de tiro a pistola, y domina el arte de empujar sin parecerlo. No hay inconveniente en que lo presente como un abuelo suyo. ¿Lo contrata por siete días?

—Sí… Hasta el día trece inclusive. Esto es infantil, pero como Max…

—Tenga la bondad de leer estos formularios antes de firmarlos, señorita Graham. Déjeme este sobre y la revista.

Luana Graham leyó los formularios. Firmó los tres.

Hacía ya minutos que Jenny había abandonado el despacho. Regresó con un individuo de buen aspecto.

Carter Clintock hubiera podido posar para la propaganda de las virtudes de un agua mineral. Tenía el saludable aspecto de un sesentón de morigeradas costumbres.

—Hola, Clintock. Ésta es la señorita Graham.

—¿Cómo está usted, señorita Graham? Acabábamos de venir precisamente del cine, cuando Jenny casi me raptó con el consentimiento de mi costilla. Me ha explicado por el camino, mientras conducía como siempre, lo que motiva su visita, señorita Graham.

—Me tranquiliza tenerte por protector —sonrió ella—. En mi chalet de Beverly, la servidumbre se compone de cocinera, dos doncellas, mayordomo, chófer y jardinero. Pero dice Max que no hay que fiar de la servidumbre, que puede ser sobornada.

—Cuando quiera, Clintock.

Carter Clintock cogió la pluma y firmó cinco formularios sin leerlos.

Luana Graham sopló sobre el cheque de trescientos cincuenta dólares.

—No se preocupe, Luana Graham. Usted verá brillar muchísimas lunas. Buenas noches.

La «estrella», seguida y precedida por su escolta en rutinarias alternativas, abandonó la agencia

«P-Men».

2

—¿Qué te parece, Jenny?

—¿La «estrella»? La mirabas como un oso glotón.

—¿Yo? ¡Por Dios, no seas malintencionada, Jenny! Tú sabes que sólo tú me inspiras glotonería… Bueno, con Clintock no hay cuidado. No pasará lo de Roscoe Evans. Esta niña es toda ingenuidad y candor.

—Sí, sí… ¿Un poco de café, monín?

—No. Y además te tengo prohibidas tres palabritas: «monín», «rico» y «Bebé». Las sueltas como el otro día, y Milton se retuerce de risa.

—Miller es un bruto envidioso. Ya le gustaría que le llamasen «monín».

Rió a mandíbula batiente Otto Glancy. Tuvo que enjugarse las lágrimas porque le causaba llanto hilarante la suposición de que nadie pudiera llamar «monín» a Milton Miller.

—¿Otra vez? Vaya nochecita.

El zumbador acababa de advertir de nuevo una visita.

Jenny regresó a su máquina.

Abriendo la puerta, Otto Glancy examinó al que se aproximaba. Un hombre flaco, de rostro anguloso, cabello castaño, de ojillos hundidos y febriles. Debía tener unos treinta años…

—Buenas noches. Me llamo Holder. Max Holder. Y ha estado aquí no hace mucho Luana.

—Muy oportuno ha llegado, señor Holder. Precisamente mañana pensaba visitarle.

—Entonces no me cobre la consulta. No quise venir con Luana para dejarla explicarse ella misma. ¿Qué impresión ha sacado?

—Es prematuro formarse opinión ninguna. Usted está más capacitado para ello, señor Holder. Su cargo de secretario le faculta con más autoridad.

Max Holder miró hacia Jenny antes de sentarse. Insinuó:

—Me gustaría hablarle en privado.

—Es mi secretaria. No tengo secretos con ella.

—Usted, no; pero ¿y la agencia?

—Tampoco.

El tono seco de Glancy divirtió a Jenny. El muy plácido Glancy resultaba delicioso para ella cuando se amoscaba.

El guionista, encogiéndose de hombros, declaró:

—Es la primera vez que acudo a un detective. Pero hoy en día son pocos los que no conozcan el abecé policíaco. La invasión de novelas de este género, la actual caballeresca, nos hace ahorrar mucho tiempo. Descárteme a mí.

—¿A usted, señor Holder?

—Verá… No soy un secretario vulgar, y en los estudios le informarán de que estoy rabiosamente enamorado de Luana. Pero entendámonos… Un amor platónico. Y como usted, investigando, podría apuntarme en la lista de sospechosos, prefiero presentar yo mismo los motivos que tengo para asesinar a Luana y los que me impiden hacerlo.

Otto Glancy trató de no exteriorizar su íntima convicción de que los guionistas formaban un gremio especial semejante al que pudieran constituir una comunidad de grillos metidos en un gran cascabel.

—Luana es la quintaesencia sin química de la virginal pureza. Pero ignora lo que es amar. No tiene más que alma para sus papeles. Vive tremante de ansias, devorada por la llama interpretativa. ¿Me sigue usted?

—Lo procuro.

—Cuando me di cuenta que en ella no existe ni la más remota fibra despierta al arrulló de la orquesta de violines sentimentales que todos llevamos en el corazón, concebí casi odio hacia ella. Pero no puedo matarla. Sería como matarme yo mismo.

—Ella parece tener muy en consideración sus consejos, señor Holder.

—¡También tiene en gran estima las melifluas indicaciones de su modisto! Descártelo también. ¿Le ha parecido anormal el autor del envío de la revista mixta de cine y crímenes novelados?

—Todo lo que se aparta de lo vulgar, deja de serlo.

—Una verdad que pesa toneladas. ¿Conoce el mundo del cine?

—He dado protección a bastantes «estrellas», señor Holder.

—Le compadezco. En la fauna animal hay una escala ascendente de cuatro categorías, insoportables por su extrema vanidad. La

primera categoría es la abundantísima de los necios que han acertado a ganar dinero. La segunda la constituyen el ochenta por cien de las mujeres. La tercera, nosotros los escritores y cuantos de más o menos lejos pueden ser considerados eso que llaman artistas. Y la cuarta, la superior y máxima, la forman los de «doble vida»: todos los que presentan otras supuestas existencias desde el tablado de un teatrillo de provincias, a cualquiera que se enfrente con un micrófono.

—Entonces para usted habrá pocas personas simpáticas.

—Usted, por ejemplo, me es simpático. ¡Oh, ya sé que desde que he abierto la boca le soy profundamente antipático! ¿Ve? Hasta se sonroja. Esto es lo que me gusta en usted. Está tallado en una pieza. Ni es un ricachón con suerte, que se cree talentudo, ni es artista intelectualoide, ni es actor. Pero hay un inconveniente. Su misma rectitud le hace más difícil sumirse en el turbio y oleaginoso mundillo que ha conquistado Luana.

—Opina entonces que el lunático y presunto asesino hay que buscarlo en Hollywood.

—¿Dónde, si no? Ha sido demasiada rauda la estelar ascensión de Luana.

—Perdone que le corrija, señor Holder. Muchas «estrellas» han poblado el firmamento del celuloide sin que nadie se sintiera asesino. Además usted mismo le dijo a Luana Graham que podía ser una chanza o el prólogo de un chantaje.

—Chanza o chantaje, si le ocurriera algún percance a Luana pídame la lista de sus posibles enemigos.

—Dice ella que no tiene ninguno.

—Las «estrellas» viven entre nubes, en otra atmósfera. Cuando Luana fué descubierta, le rescindieron el contrato a Marilyn Parker. Una. Al cuarto día de toma de pruebas, Luana arañó y ridiculizó a Joey Burns, el productor, que pretendió besarla. Otro. ¿Que no es suficiente para matar? Entre personas normales, no. Pero Marilyn es adepta a la marihuana. Y Joey Burns es manicomiable. Bien; yo he venido a advertirle tan solo, que no tome a broma…

—Yo no tomo a broma nada de lo que me cuentan los que visitan esta agencia, señor Holder. Mi secretaria ya ha tomado nota de dos personas, y sus motivos, así como características. Siga ayudándonos.

—La lista de envidiosos, amargados, desquiciados sería interminable. Vivimos la década del «des». Desquiciamiento, desesperanza, despiste… ¿Cuánto adeudo a la agencia?

—No ha sido consulta, señor Holder. Le agradezco su visita.

Poniéndose en pie, Max Holder dedicó una ceremoniosa reverencia a Jenny Glancy.

—Buenas noches, señora Glancy. Igualmente, señor Glancy.

En el pasillo alcanzó Glancy al guionista.

—No creo haberle dicho que mi secretaria fuera mi esposa.

—Salta a la vista, señor Glancy. Ella le sigue constantemente con una mirada de propietaria enamorada, y usted la mira como afortunado y legítimo esclavo.

—Tampoco creo haberle dicho mi apellido.

—A la derecha del portero hay una casilla. La que está iluminada dice: «Otto Glancy».

—Muy observador, señor Holder.

—Es también mi oficio. Buenas noches.

Otto Glancy, al quitarse de nuevo la americana, comentó:

—No me place este tipejo, Jenny.

—¡Es encantador! Te adivinó pronto el carácter, vidita. Y qué acertado era lo que dijo de los violines…

—Avisa al turno de ojeo. Ya mismo, Jenny. Dos sombras hasta el trece, para saber qué clase de pajarraco es el señor Max Holder.

—¿Crees que él…?

—Vuelve a preguntármelo el día trece por la noche. No quiero café. Apaga la luz, monina. Espero que podré dormir.

Otto Glancy pudo dormir. No hubo más visitas.

CAPÍTULO IV

NOCTURNO CON LUNA

1

Milton Miller tenía cierta debilidad por él espectáculo siempre igual, y sin embargo constantemente renovado, del mar.

La terraza del «Sunkist» prolongándose entre palmeras disciplinadamente alineadas entre los parasoles desembocaba en un mirador encristalado.

Pero Milton Miller encontraba más acogedor el parasol bajo el cual nada ni nadie le estorbaba la visión de la playa fulgente, susurrante y desprovista de bañistas.

Había resuelto muchos enigmas, teóricamente, sentado allí mismo, inconsciente del transcurso del tiempo.

Creyó que era el camarero que diplomáticamente, retirando el servicio le insinuaría sin palabras que empezaba la madrugada.

Poseía un perfecto dominio de su sistema nervioso. Por eso se limitó a decir:

—Hola, Roberta. ¿Qué quieres tomar?

Ella, al igual que se había presentado, sentándose frente al detective, en silencio, denegó con la cabeza.

—A solas puedo tutearte, Roberta. Y te sentará mejor desahogarte. Yo no pegué a Roscoe, sino que impedí que me rompiera la cabeza. Escucha… No debes poner esa carita de tragedia. Tu marido encontrará fácilmente empleo… fuera de California.

—Sabía que venía usted aquí, y telefoneé. Roscoe me ha contado a su manera lo que sucedió en San Diego. Pero yo quiero oírle a usted. No le guardo rencor por lo de esta tarde, Miller. Aunque hayan tenido que enyesarle la mano a Roscoe… no le guardo rencor, Miller.

—Una mujercita como tú debe siempre creer lo que le dice su marido.

—Menos cuando miente…

—¿Por qué ha de mentirte Evans?

—Me consta. Yo se lo pido por favor, Miller. ¿Verdad que Roscoe se ha enamorado de Carolyn Lefever?

—Bah, bah… Tonterías, humo de pajuelas.

—Esta tarde a las siete, Roscoe se ha ido para siempre.

—¿Para siempre? Déjate de dramatismos.

—Envió un chófer de taxi a recoger sus cosas, y ésta es la nota que me escribió… Letra torpe, porque firmó con la zurda. Tecleó letra a letra, me ha dicho el chófer.

Leyó Miller en la hoja arrancada de un block:

> *«Puedes entablar la demanda por abandono de hogar, Berta. No he de volver a esta ciudad. Es inútil que me busques. No sirve de nada disimular. Eres joven y puedes rehacer tu vida. Yo intentaré rehacer la mía».*

La firma aparecía mal rasgueada. Devolvió Miller la hoja de block. Murmuró:

—No debes apenarte así, Berta. Cuando se le pase el mal humor, volverá.

—¡De todo… tiene la culpa esa… mala mujer!

—Carolyn Lefever no tiene la culpa de nada. Tu marido es mayor de edad. No es ningún novato.

—Yo vi a Roscoe dos días después de ser contratado por ella. Hay cosas que no pueden disimularse. Roscoe estaba enamorado, y ella se divertía. ¿Sabe… sabe usted adónde ha ido el taxi?

—No.

—A San Diego.

—Ideas tuyas.

—El chófer debió sentir lástima por mí. El caso es que me ha telefoneado a las nueve y media para decirme que había dejado a mi marido en el hotel «Grover» de San Diego.

—Ten presente que Evans debe presentarse tan pronto le convoque el tribunal allá en San Diego. Ha preferido terminar de una vez con esta cuenta pendiente que le impide dedicarse a buscar otro trabajo.

—Has leído la carta, Milton. Está muy clara. Es brutal, fría, y yo no me merecía esta…

—No llores más. Tan pronto se le pase la ofuscación volverá. Ha reconocido que se portó como un principiante, y esto le duele. Tiene sus defectos, pero es muy hombre. No sabe cómo explicarte lo sucedido. Eso es todo. Tan pronto quede exculpado vendrá. No le hagas preguntas. El carácter de Evans es así. A mí mismo, ya viste…

—Es diferente. Conmigo tenía que ser sinceró.

—El día que yo me case le pediré a mi esposa que si estoy ausente días, semanas o meses, no me pregunte a la vuelta dónde he estado.

—Ninguna esposa aceptaría esto, Milton.

—Por esto sigo soltero. Vaya, ya has sonreído… No debes dramatizar. Hombres como Evans los trato a montones al cabo del día. Cuando se equivocan, les cuesta horrores reconocerlo. Pero pasan unos días y calladamente regresan, disculpándose mudamente.

—Es diferente mi caso.

—Todos creemos que lo nuestro es diferente.

—Te agradezco tu bondad, Milton. Pero yo estaba enamorada, y sigo estándolo. No quiero divorciarme… y si Roscoe no vuelve… soy capaz de cometer una locura.

—Deja el asunto para mí. Enviaré a San Diego a Flancy. Y Evans le hará caso. Si es preciso, puedo prometerte que conseguiré para Evans un certificado a fin de que pueda trabajar en otro Estado. Aquí se resbaló, pero es un buen detective, y no le quitarán la licencia. Lo conseguiré.

—Gracias, Milton. Eres para mí como un padre, como un hermano. Mañana, ¿a qué hora puedo telefonearte?

—A partir de mediodía. ¿Te acompaño a casa?

—Me ha traído en su coche una amiga. Gracias, Milton. Hasta

mañana.

Bajo el parasol, en la noche, Milton Miller ya no encontró placer en mirar el fleco de espuma que mansamente iba y venía en un trecho dorado…

—Un padre, un hermano —rezongó entre dientes—. ¿Y a mí qué demonios de parentesco me une con este cabezota de Evans?

Se levantó.

Un paseó en coche hasta San Diego en aquella tibia noche no le sentaría mal.

2

Tomando el último viraje de la carretera, en cornisa sobre el mar, divisó las luces de San Diego al frente.

No le gustaba la presencia de Roscoe Evans en el hotel «Grover».

A una milla de distancia estaba el chalet propiedad de Carolyn Lefever.

Hombres como Roscoe Evans no se resignaban a ser el juguete de una estrella caprichosa.

Frenó.

Aquel edificio de inmaculada blancura le acababa de recordar a Earl Ambrose. Pero a las once de la noche no le autorizarían a ver al magullado y contuso esposo de la «estrella».

Volvió a acelerar, hasta que aparcó el coche en la rotonda cubierta del «Grover».

En la pista de baile, en la terraza, varias parejas acompasaban sus cuerpos al ritmo de un lánguido canturreo.

En el mostrador, el conserje miró una casilla.

—El señor Evans estará tal vez en las terrazas —informó—. Su llave está aquí. Y no ha recogido el correo.

—¿Correo?

—Una carta urgente que han traído en la saca de las once.

—Ya…

Atravesando el bar, salió Miller a la terraza. Preguntó a un camarero:

—¿El señor Evans?

—¿El señor Evans? —repitió el interpelado.

—Uno con la mano derecha enyesada…

—¡Ah! ¡El señor Evans! No, no le he visto. Cenó a eso de las nueve y se marchó.

—Gracias.

Regresó Miller a su coche. No sabía en definitiva lo que diría a Roscoe Evans.

Pero sí sabía que no le gustaba la proximidad del «Grover» con el chalet.

Conduciendo hacia los pinares por entre los que asomaban a trechos, aleros y picudos remates de chalets, Milton Miller se encogió de hombros discutiendo consigo mismo.

No, no era Evans hombre para entretenerse mojando una pluma de redondilla en un tintero y trazar círculos eligiendo letras.

Detuvo el coche en seco… ¿Era el graznido de un ave? Las gaviotas solían emitir chillidos escalofriantes.

Saltó del coche; corriendo y con impulso de saltador de vallas pasó por encima del seto divisorio, tras el que de nuevo acababa de emitir agudo chillido una garganta femenina.

Varias sombras confusas tras unos cristales…

Recorrió los treinta metros que le separaban del edificio en un tiempo récord.

¿Quién gritaba con tanto terror en el chalet de Carolyn Lefever?

3

Batas de dormir mal ceñidas vistiendo a personas desconocidas rodeaban un sofá.

Milton Miller, en el abierto trecho del ventanal, dedujo que la servidumbre del chalet, alarmada, había llegado antes que él.

Se aproximó, y una de las mujeres chilló al verle de pronto.

—Detective Miller —se apresuró a decir—. Venía a visitar a la señora Ambrose. ¿Qué ha sucedido aquí?

Del sofá se destacó una mujer al ponerse en pie. Dijo:

—Buenas noches, señor Miller. Ya me ha hablado mi nuera de usted. Retírense.

Había señorío y autoridad en Marta Ambrose. Añadió:

—Esperen en el *office* por si han de ser interrogados.

La retirada respetuosa de la servidumbre descubrió tendida en el sofá a Carolyn Lefever. Respiraba entrecortadamente, agitando la

cabeza reclinada contra un brazo del mullido mueble.

—Cálmate, Carolyn. Está aquí el señor Miller.

Marta Ambrose poseía una tez sin arrugas que hacía casi frívolo su blanco cabello.

—No ha sido más que el susto, Carolyn. No estás herida ni tienes más daño que el susto, Carolyn.

Marta Ambrose señaló algo que ya había visto Miller.

En la pana color ámbar del sofá destacaba el metálico mango de un cuchillo hundido entre la crin.

Carolyn Lefever en pijama «ruso» de seda azul, quedaba muy fotogénica cuando, sentándose, exclamó:

—¡Ni un vaso de agua, ni un vaso de agua!

Marta Ambrose se dirigió hacia una de las puertas. Carolyn Lefever prosiguió, exasperándose:

—Lo ha visto usted, usted lo ha visto. Y lo ha oído. Mi suegra está triste… «Ha sido sólo el susto, Carolyn. No estás ni siquiera herida». ¡Lo que se hubiese alegrado si me encuentra atravesada!… ¿Y usted? ¿Usted es un detective? No hace ni dos minutos que me apuñalan, y usted parece estar de visita. ¿Le sirvo un combinado, señor Miller? Una noche deliciosa, ¿verdad, señor Miller? ¡Es terrible vivir rodeada de gente que nos mira sin afecto! Lo vió… Estaba ella como siempre. Tiesa como una gran dama del siglo de la Revolución. ¡Yo soy una plebeya! Los Ambrose descienden de las Cruzadas. Vinieron a Nueva Orleáns sus antepasados. ¡Diga algo! ¡No me mire de ese modo! ¡Fíjese en esto! ¡Propaganda pura! Yo me dedico a atravesar…

—Se está atragantando, Carolyn.

—¡Allí viene la señora marquesa «Adelaide-Marthe-Josèphine d’Amboise»
y otras hierbas! No me importa que esté usted presente. Dígaselo, Marta… Usted me desprecia desde el mismo día en que su hijo se casó conmigo. ¡Dígaselo!

Marta Ambrose, sentándose en un sillón, miró al detective.

—La servidumbre no ha visto a nadie, y el jardinero acaba de recorrer sin ver…

—¡No hace falta que lo testifiquen los lacayos! Yo sabía que Miller iba a venir, y preparé todo este escenario…

—Estás temblando, Carolyn. Si no tomas el calmante, mañana

por la mañana, al mirarte en el espejo te encontrarás poco favorecida.

El tono de Marta Ambrose era amable.

Carolyn Lefever se cruzó de brazos, mientras sus pies desnudos en las chinelas repiqueteaban…

—¡Gracias, mamá! Es conveniente que Miller se dé cuenta de lo cariñosa que es usted conmigo. En los círculos sociales de la familia d’Amboise
el buen tono exigía que ante una visita no se sacaran a relucir intimidades. Si a una
d’Amboise
la sorprenden con un cuchillo junto al pescuezo, habría dicho: «¡Ay, Jesús, qué descuidados son estos viles lacayos!»…

—Cuando te parezca oportuno, Carolyn, explicaras al señor Miller lo sucedido. He dejado en la mesita el vaso de agua con el calmante. Me llamarás si me necesitas.

—¿Puedo inquirir su testimonio, señora Ambrose?

—Estaba en el piso alto, cuando oí el primer grito lanzado por Carolyn. Llegué encontrándola tendida en el sofá, pero sin daño y aunque asustada, valientemente en posesión de sus sentidos. Me llamarás si me necesitas, Carolyn.

Volvió ella a marcharse.

Carolyn Lefever fué a la mesita, echándose en la palma de la mano dos píldoras.

Milton Miller examinó sin tocarlo el puño del cuchillo que sobresalía en el respaldo, casi en el centro.

—Es un cuchillo, señor detective.

—¿Lo ha tocado usted?

—No. Pero el que lo empuñaba llevaba guantes blancos.

—¿Guantes blancos? Tendrá que avisar a la policía, pero si quiere convencerse de que soy detective, a lo mejor lo soy.

—Yo estaba aquí sola, con las luces apagadas…

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Las luces apagadas.

—Me encanta oír música mirando por la ventana abierta hacia el jardín bajo la luna.

—Mala costumbre en la persona amenazada de muerte.

—Ya sé que usted piensa que soy una embustera. Pero yo no esperaba ningún ataque, puesto que usted mismo admitió que el lunático me anunciaba un aviso antes de…

—Estaba usted oyendo música.

—«Primavera», de Grieg. Sentada aquí, medio adormilada. Pero abrí los ojos a tiempo. Una masa obscura, un brillo, y chillé, chillé… El brillo era el cuchillo que bajó hacia mi garganta. Vi muy bien el guante blanco…

—¿En qué mano?

—¡Yo que sé! ¡Vaya, pregunta idiota! Me tiré a un lado, y seguramente por eso, se ha llevado una gran desilusión mi suegra. Me tiene un odio selvático, desde que Earl está en la clínica. Earl quería venir, pero ella le obligó a quedarse en la clínica.

—Usted estaba amodorrada y vió la masa obscura. Un brillo, y la mano enguantada de blanco. ¿Quiere sentarse en el sofá?

—¡Sentada!

Milton Miller, colocándose delante de ella, alzó la mano derecha.

—En la obscuridad, si vió la masa del agresor, vería también a qué lado se alzaba el puñal. ¿Derecha, izquierda?

—Usted es un gracioso, sin la menor pizca de gracia. Después del susto, y por poco apuñalada, ahora preguntitas…

—¿Por qué se esfuerza en ser tan antipática, Carolyn?

—¿Le importa mucho? ¿Le he llamado yo? Ahora, cuando venga la policía, también llamaré gracioso al que me pregunte si el que quiso matarme, se ponía brillantina en el bigote.

—¿Tenía bigote?

—¡Yo qué sé…! Le bastaría con coger al asesino, en vez de aparecer tan ceremonioso. Y a todo esto, ¿a qué ha venido?

—También me encanta el claro de luna. Buenas noches.

—¡Ey! ¿A dónde va?

—A dormir. Avise a la policía.

—No, sea majadero, Miller. Comprenda qué tengo los nervios retorcidos… Ande, sea bueno, y siéntese aquí, delante de mí. Ya que ha venido, charlemos. ¿Le ha sentado mal que le cantase unas verdades a mi suegra? Ya está acostumbrada. Nos entretiene mucho pelear.

—Ella no pelea.

—¡Peor! Por más cosas que le digo para picarla…

—Usted misma se mortifica.

—¡Ya salió el polígrafo, psicólogo y otras hierbas!

—Se hace voluntariamente más vulgar, como desafiando. Nadie le reprocha haber vendido naranjas.

—¡Oiga, oiga! ¿Cómo sabe usted que yo vendí naranjas? Era en el cine «Roxy» de Bâton Rouge. Allí me descubrió Topper. Un cine gracioso. El pianista acompañaba los lanzamientos de platos de crema que Charlot… Es estúpido que le hable de todo eso. ¡Aquí hay un cuchillo que querían clavarme! Se escapó… Pero quieren matarme. Yo necesito que usted se quede aquí, hasta que amanezca, y me proporcione dos escoltas.

—Ya le proporcioné uno, Carolyn. Y de momento no tenemos más personal disponible.

—Cuando sonríe es usted arrebatador, Milton. Esta noche ya no pegaré ojo. A lo mejor, vuelve…

—Las tiendas están cerradas. No le venderán otro cuchillo.

—¿Por qué se toma a broma todo lo que me pasa? ¡Han querido matarme! Y mi suegra no me da ni un vaso de agua…

—Ha bebido usted ya. Y su suegra se ocupó primero de comprobar si sufría usted daño. Mi consejo es que llame a la policía.

—Ya que está usted aquí, me conformo.

Milton Miller, que iba examinando visualmente el amplio salón, se acarició la nariz.

Acababa de ver súbitamente, un detalle ajeno a la decoración. La puntera de un zapato masculino, sobresaliendo a ras del suelo, junto a la ventana, bajo el corrido y grueso cortinón de hermoso color granate obscuro…

Capítulo V

MANO ENYESADA

1

—¿Le pica la nariz, Milton?

—Es un modo como otro cualquiera, de concentrarme. Si me dejase usted unos minutos a solas, examinando esta habitación, y sin que su presencia me distraiga, tal vez encuentre alguna huella.

—Los asesinos ya no siembran botones ni cabellos. Pero yo respeto los caprichos ajenos, Milton. Voy al «office» a ver lo que cuentan los lacayos. ¿Le bastarán cinco minutos?

—Sí.

Carolyn Lefever, marchándose, manifestó:

—Vaya pensando en mi proposición. Cien dólares por día, si me protege…

A solas, Milton Miller desde el sillón, esperó unos segundos. Dijo como si hablara a solas:

—Sin más idioteces, «mano enyesada». Procure salir tal como entró, y espéreme en mi coche. No se arreglan las cosas así, «mano enyesada». Espéreme en mi coche, o uno de los dos terminará mal, y procuraré que sea usted.

El cortinaje se movió.

Ceñudo, sosteniéndose la mano derecha en el cruce de solapas, Roscoe Evans no miró siquiera a Miller.

Desapareció por la terraza…

Milton Miller, rodeando con un pañuelo el puño del cuchillo, lo

extrajo con esfuerzo de su provisional funda. La punta se había mellado al incrustarse en la madera del armazón.

Fué hacia la cortina. En la alfombra no había huellas delatoras.

—Sherlock Holmes en acción. Han pasado tres minutos, pero las caras largas me aburren. Nadie sabe nada. Hubieran cantado en mi funeral. Mi suegra ha vuelto a su trono nocturno. He dado orden a los varones para que monten la guardia en el jardín.

—No avise a la policía, hasta que averigüe la procedencia de este cuchillo. Haga cerrar puertas y ventanas, y mañana llámeme a las diez por teléfono. Repítame la oferta de los cien dólares, y tal vez la agencia consienta en que le manden como escolta a su rendido admirador Milton Miller.

—¿Se va usted?

—De noche, duermo.

—¿A qué vino usted?

—A husmear. Llegué un minuto tarde, pero celebrando verla viva y siempre fascinante.

—Puede dormir aquí. Estaría yo más segura…

—Mañana, cuando Mose Coleman me traiga sus firmas, disponga de mí en cuerpo y alma, Carolyn. Beso sus lindos pies.

—Usted estará muy acostumbrado a ver puñales, y tratar con candidatos a cadáver, y por eso se lo toma tan alegremente.

—Avise a la policía.

—Bien. Llamaré al comisario. Pero querrá saber por qué ha venido usted.

—Dígale que vine a preguntarle varias cosas, que no pregunto. Lo primero y más importante es coger al dueño del cuchillo. Buenas noches, Carolyn.

—¿Usted cree que son buenas noches? Si fuera humano, se quedaría usted aquí… Tengo miedo, y nadie me quiere… No tengo un amigo en quien confiar…

—Bueno, bueno… Yo soy su amigo. Dejé un encargo en el hotel, voy allá, y no tardo ni media hora. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Cerraré esta ventana y todas… Espero. ¿O voy con usted al hotel?

—No. Espere aquí. Lleva un pijama que acrecienta su gran poder de atracción, y no tengo tiempo para esperar que se mude.

—¡Me echo un abrigo!

—Está más segura aquí. Hasta ahora.

Apresuradamente Milton Miller abandonó la sala. En el jardín una sombra volvió a fundirse tras un arbusto al reconocerle.

Dijo Miller:

—Dentro de media hora vuelvo. Dejen la verja abierta.

2

En el coche, al coger el volante, dijo a la vez que ponía en marcha:

—No le imaginaba tan truculento, Evans.

Echado el sombrero sobre la nariz, reclinada la nuca contra el respaldo, Roscoe Evans replicó en tono comedido:

—A no ser por la mano enyesada, no hubiese fallado. Está usted en su terreno, y quizás sea preferible que no me ensucie las manos matando a esta pécora.

—Se comporta como un crío con rabieta, Evans. La policía encontrará pronto la relación entre lo que cree Carolyn que son guantes blancos y su mano enyesada. Falta usted del hotel, desde después de cenar.

—Lléveme a la comisaría, y terminemos ya.

—Intento de homicidio, si usted mismo lo confiesa, puede que le salga por unos meses, pero perderá la licencia.

—No quiero su compasión, Miller.

—Ni me la inspira. Pero ahora le dejaré en el hotel, y espere usted los acontecimientos. No lo hago por usted, y le consta de sobras. Esta tarde, en su piso, dijo usted algo referente, a un pueblo de la Sierra. Sí, un pueblo, donde su esposa, me empezó a considerar como un padre o un hermano al quedarse sola. Y yo cuando se trata de ella, soy de pueblo.

—Por eso mismo, porque ella es de pueblo, no tengo valor para confesarle que otra mujer se burló de mí. Han sido unos días infernales. Ya he comprendido que ella quiso provocar un escándalo que obligara a Ambrose a divorciarse. Tuvo la desfachatez de explicármelo allá en la playa de San Clemente. Me dijo que Ambrose no se divorciaría de ella, salvo si la humillación fuera como la que… está pasando en la clínica. Mujeres así no merecen vivir, Miller.

—Razón de más para que usted no remate su imbecilidad, con un acto irreparable. ¿De dónde ha sacado el cuchillo?

—En uno de los fumadores del hotel, hay panoplias…

—Tome, y colóquelo donde estaba. Mañana pida la cuenta, y vaya al comisario. Dígale que yo le envié al hotel, para seguir la pista de un tal James Leyland. No está en San Diego. Y usted desea saber si es verdad que los Ambrose han retirado su demanda de querella. Vaya a las once de la mañana. Y después, regrese al lado de la chica del pueblo de la Sierra. A propósito, tiene usted una carta. Me lo ha dicho el conserje.

—¿Por qué no viene conmigo y leemos juntos la carta? Al punto en que estamos…

—También es verdad. Pero no me hace falta leer nada. ¿Quién le escribe al «Grover»? Urgente. La chica del pueblo.

—Ella no sabe que estoy aquí.

—Cuanto más nos creemos que sabemos, más ingenuos somos. ¿Se contentará con el susto que ha proporcionado a Carolyn?

—Hay preguntas inocentes, Miller.

—Baje del coche, Evans.

—Deme una prueba más de su amistad por Berta.

—¡Baje ya!

Roscoe Evans abrió la portezuela. Adelantó una pierna…

—Pase lo que pase, Berta no se merecía que yo me comportase como lo hice. Dígaselo así, Miller.

—Dígaselo usted. Eso es lo que ella desea oír. Y aun mejor, sería no decirle nada. Trate de pensar con claridad. Usted creyó enamorarse, después se sintió muy ofendido, y por fin, siente mucha pena por usted mismo. ¿Y ella qué? Aparentemente usted es un «recio». Le mortifica que Carolyn le empleara como percutor del divorcio al que hasta ahora se rehuía Earl Ambrose. Explíquele todo a Berta, menos lo del puñalito, y en otro Estado, con su licencia y un certificado, la vida seguirá su curso. No me llame predicador.

Fuera del coche, mirándose la mano enyesada, preguntó Evans:

—¿Va usted a servir de escolta a la pécora?

—Carolyn es una desgraciada, y usted fué un estúpido. Lo suyo puede ser pasajero, Evans. Lo de ella es incurable.

—Sería curioso que me convenciera, Miller.

—Lo curioso sería que no fuera usted lo que parece ser, y lo que

hemos de saber ser. Buenos conductores. Saber frenar, dar media vuelta, y evitado el bache, evitar las zanjas mortales.

Roscoe Evans apartó la mano válida de la portezuela cerrada.

—Buena gente la de su pueblo de la Sierra, Milton.

—Eso dicen.

Roscoe Evans dijo como despedida:

—No tengo el alma enyesada, Miller. Usted gana…

—Ni usted ni yo. Berta.

Milton Miller viró, reemprendiendo el camino hacia el chalet.

3

En su cuarto del hotel, releyó Roscoe Evans:

«No puedo resignarme a una separación tan inesperada. Si no quieres darme ninguna explicación, tampoco yo te la exijo. Pero no es propio de tu carácter, dejarme abandonada. Te esperaré toda esta noche, y si al amanecer no has venido, no serán precisos trámites legales que te permitan ser libré. Yo misma te concederé con mi renuncia a vivir, la libertad y el remordimiento.

»Antes de consultar a Milton Miller, escribo estas líneas. Él no puede quitarte la licencia. No lo hará.

»En mí nada ha cambiado. Sigo siendo tu fiel y amante,

»BERTA.

CAPÍTULO VI

CAE UNA ESTRELLA…

1

Luana Graham en el coche, y tras dar al chofer la dirección de un selecto club de noche, miró de nuevo con curiosidad a su flemático acompañante.

—Tiene usted un oficio muy extrañó, señor Clintock.

—Llámeme Clintock, señorita.

—Entonces, llámeme usted Luana.

—Como corresponde a un abuelo.

—Lo dijo Max, ¿sabe? No se ofenda, porque la realidad es que aun teniendo los cabellos blancos, tiene usted una planta juvenil que para sí quisieran muchos galanes. ¿Conoce el club al que vamos?

—Hará cosa de un año, estaba yo de escolta con un príncipe mahometano. Y quiso visitar el «Mikes». ¡Vaya nochecita! No la cuento, porqué es usted menor de edad.

—¡Cuente, cuente!

—Empezó la jarana, cuando el príncipe que iba vestido con su atuendo de por allá, y que no dominaba bien nuestro idioma, quiso saber lo que le decía la cantante. Traté de traducir a mi modo, porque la cantante estaba teniendo un éxito de risas, a base de invitar al príncipe a quitarse el albornoz. El príncipe, que se estaba desquitando de la sed pasada en el desierto, se inflamó como un pozo de petróleo, cuando apareció Mae West… Entre paréntesis,

hasta yo me inflamé…

Cuando el coche se detuvo ante la escalinata del «Mikes», Luana Graham, seguía riendo. Cogióse familiarmente del brazo de Clintock.

—Esta noche dan una fiesta especial. Entrada rigurosamente vedada a quien no lleve invitación. Me dieron dos.

Dispararon sus focos de magnesio los reporteros. En la entrada, un locutor tendió el micrófono…

A cada lado del cordón policial, apiñábanse «hinchas» cinematográficos…

Carter Clintock, examinaba con benevolencia aquel espectáculo ruidoso. No pestañeó cuando el locutor, improvisó:

—… y viene tan gentil lucerito, acompañada por un caballero. ¿Unas palabras, caballero?

Carter Clintock miro el disco metálico que ante sus labios presentaba el locutor y dijo:

—Un saludo a la afición. Mi nieta es la mejor chica en la pantalla y fuera de ella.

Restallaron los silbidos y aplausos de aprobación.

Un individuo de frac blanco se precipitó al encuentro de Luana Graham.

—Bienvenida, Luana. Te llevaré a tu mesa. Va a ser una noche fantástica, excepcional.

El zumbido de las conversaciones, formaba un ambiente acoplado a la sordina con que alternaban varias orquestas famosas.

En el centro de la pista, una larga mesa, como tribunalicia.

Expuso Luana Graham, cuando hubieron ocupado sus asientos:

—¿No sabe quién es el que nos ha instalado?

—Ni la más remota idea.

—¡Es Rufus Lord!

—¿Y ése, quién es?

—El maestro de ceremonias más solicitado. No tiene igual para preparar fiestas.

—Si todas las noches se da usted estas fiestas, terminará el año agotada.

—Una vez no hace costumbre. Es que esta noche, conceden los premios a las mejores interpretaciones del mes, según votación de los propios artistas. Yo voté por Stella Bington.

Las personalidades más conspicuas del séptimo arte se habían congregado en el local.

Carter Clintock calculó mentalmente que de cada cinco asistentes uno al menos, tendría que ser transportado en brazos, o poseía la resistencia estomacal de un camello para ingerir líquido.

Con la diferencia que el camello bebía agua.

Se hicieron los discursitos de rigor, aplaudieron a la pareja triunfante, se retiró la mesa, y empezó el baile.

Las críticas más despiadadas se intercambiaron de mesa a mesa.

Un individuo rechoncho, de grandes ojos saltones, vistiendo un *smoking* de terciopelo, se aproximó a la mesa ocupada por Luana y su escolta.

Ella susurró en voz baja:

—Es el fastidioso de Joey Burns. Habrá bebido más de la cuenta, y se pone pesadísimo.

Joey Burns, el productor, se llevó los gordezuelos dedos a la golosa boca, lanzando un beso al aire, cuando ya estuvo ante la mesa.

—Divina, divina. La florecita silvestre, con todo su aroma. Hazme el honor de bailar conmigo. Con el permiso de usted, señor…

Carter Clintock permaneció impávido.

Luana Graham indicó:

—No bailaré contigo, Joey, porque me bastó una vez. No quiero volver a arañarte.

Los ojos saltones, dejaron de ser risueños.

—No me ridiculizarás por segunda vez, Luana. He apostado con Marilyn que somos amigos.

—Somos amigos, pero tú y Marilyn no me apreciáis.

—Tu acompañante te prohíbe bailar, a lo mejor. Eres muy jovencita para presentarte con ancianos elegantes, Luana. ¿Dice usted algo, respetable señor?

Carter Clintock sacudió en el aire en negativa el índice.

Joey Burns sabía que desde una mesa próxima, le estaba mirando Marilyn Parker.

Tenía una enfermedad: el temor angustioso de ser considerado ridículo.

Sentándose, dijo:

—Creo que Mullins nos quiere reunir en su casa. Tienes que ir, Luana. No puedes negarte a la invitación de Mullins. ¿Dice usted algo, respetable señor?

Carter Clintock replicó suavemente:

—Nací sordomudo. Es lástima que no sea contagioso.

Joey Burns sonrió, abultando los labios. Resultaba repulsivo.

—Mullins quiere contratar a Marilyn para tu próxima película. Será en el guión tu rival en amores. Deberíais fumar la pipa de paz.

—Yo no estoy reñida con Marilyn. Es ella, la que está reñida conmigo.

—¿La llamo?

—Naturalmente.

Hizo un gesto invitador Burns. Un camarero depositó un cubo donde las servilletas encapuchaban cuatro frascos de champaña.

Una sinuosa rubia, con vestido de noche escamado en verde sobre fondo negro, se aproximó apoyándose en el hombro de un alto y atlético muchacho.

—Hola, Luana y compañía —dijo, con monótono arrastrar de palabras—. Éste es Bobby. Saluda a la estrella de moda, Bobby.

El componente del equipo entonces campeón de pelota base, sonrió con plétora de espíritu alcohólico:

—¡Hola, hola, Luana y compañía! Yo soy Bobby, y esto hay que celebrarlo. Échate a un lado, Joey. Esta nena es preciosa. Muy preciosa.

—Ya está bien, Bobby —atajó Marilyn Parker.

Sentada entre el deportista y Joey, frente a Luana y Clintock, añadió, mirando al detective:

—¿Dónde le pescaron a usted, jovencito?

—Es sordomudo —aclaró Joey Burns, sacudiéndose la espuma que uno de los frascos descorchado por Bobby le prodigó.

—Mejor para él. ¿Qué tal, nena? No pareces divertirte.

—Tampoco tú.

—Mullins quiere que formemos triángulo con uno a elegir entre Richard Chandler, Jimmy Morris, y Chester Gaunt. Por mí, prefiero a Morris. Pero como tú estás enamorada de Chester…

Luana Graham apuró una copa, un rubor asomó a sus mejillas. Desventajas de no usar maquillaje, pensó Carter Clintock.

—¡Hola, hola, Luana y compañía! Esto hay que celebrarlo…

—Todo lo quiere celebrar este chico. Estás bebido, Bobby.

—Me ofende quien lo duda. Y si Chester Gaunt pretende acaparar a esta pochez de criatura, tendrá primero que pasar por encima del cadáver de éste, antes de que…

—Vienes conmigo, Bobby.

El deportista lanzó un gemido, agachándose para sobarse con mimo el tobillo alcanzado por un taconazo de Marilyn Parker.

Sonrió beatíficamente Joey Burns.

—Se anuncia buena la noche. Y no puedes esquivarte, Luana. Cuando se levante Mullins, todos corriendo tras él. Ya sabes que si no vas, te pone el veto. Pesa mucho Mullins.

—Ciento dos kilos —manifestó Marilyn Parker.

Parecía muy fatigada, o aburrida, pensó Clintock.

—Veamos, veamos… ¿Cómo sabes con tanta exactitud lo que pesa Mullins? —inquirió Bobby Trevor.

—Hay celos desplazados, ¿verdad, jovencito? Usted no ha rechistado, ¿o sabía ya que debe conformarse a que Luana quiera con imposible amor a Chester Gaunt? Pero a sus *años*, posee ya la elegante tolerancia.

—Dices cosas desagradables, Marilyn —reprochó Luana Graham.

Estaba bebiendo su quinta copa.

Carter Clintock seguía conservando en la suya, la misma cantidad que basta rebosar le había vertido Bobby Trevor.

—Las verdades nunca ofenden a las personas inteligentes y civilizadas. Si amas a Chester no debes negarlo. Mullins lo ha citado. También estará en la fiesta, en casa de Mullins.

—Las fiestas en casa de Mullins tienen una ventaja. Poseen la originalidad de saber cómo empiezan pero nunca se sabe cómo acaban —dijo Joey Burns—. Y yo sólo financio la película en proyecto. La fiesta la paga él.

—¡Mullins inicia la retirada! ¡Nos veremos allá, nena!

El trío se alejó.

Luana Graham miró con atención el fondo de su vacía copa.

—No tengo más remedio que ir, abuelo. ¡Oh, perdón…!

—No hay de qué.

—Tengo que ir, ¿sabe? Se enfadaría Mullins si no iba. Y tiene mucha influencia. Además, si él me dirige, es como si dijéramos la consagración definitiva. Es un gran genio.

Levantándose se apoyó ella en el brazo de su escolta.

—Debo ir a casa de Mullins. ¿Le molesta venir?

—A mí nada me molesta. Es mi obligación seguirla por todas partes.

2

En el coche, dijo ella:

—Mullins tiene un palacete a cinco millas, al norte. Algo muy romano, con piscina romana también. La construyó un arquitecto romano, para un artista… también romano. Por eso llaman la casa de Mullins: «Triclinius», y dice Max, que no debo ir a esta casa, pero como voy con usted… Eso sí, no me deje ni un minuto sola.

—Cobro para eso, niña.

—He adivinado que Joey y Marilyn van a buscar el modo de hacerme quedar mal. ¿Oyó lo que dijo ella de Chester? Chester es un buen chico, y quiere a Elizabeth. Yo no soy de las que se divierten quitando el novio a las compañeras. Un hermoso paisaje. La luna…

Se estremeció ella, mirando las dos ventanillas cuyos cristales había bajado Clintock. Un excelente antídoto contra un exceso de champaña bebido acaloradamente.

—No me gusta hablar mal de nadie, Clintock, pero Marilyn es perversa. Y Joey Burns es un mal bicho. No digo más.

3

En el coche, último modelo «Cadillac», propiedad de Bobby Trevor, éste al volante, volvió a preguntar:

—¿Y por qué no piso ya el pedal?

A su lado dijo Joey Burns:

—Estamos esperando a Max.

—¿Quién es Max?

—Un guionista. Le ha telefoneado Marilyn.

—¿Ah, sí? Oye, Joey, en confianza… ¿Tengo que ponerme celoso cuando llegue ese Max?

—No, todo lo contrario. Max es sólo un guionista.

—Ah, bueno… Comprendido.

Max Holder se acercaba, y atendiendo a la señal de Marilyn Parker se sentó atrás, junto a ella.

—¡Adelante, Bobby! —invitó ella.

—He tardado en acudir, porque no estaba en mi taller, Mary. ¿Tan importante es la reunión? No te comprendí por teléfono. Oí lo que decíais, pero no lo entendí.

—Mullins ha organizado la fiesta.

—¿Mullins? Un disecador que os toma a todos por cobayos. Os hace beber, os hace disparatar, y sigue tan impasible.

—Ha ido allá Luana.

Max Holder sonrió en rictus despreciativo.

—Luana no es como nosotros. Sabe apartarse de estas orgías estúpidas, sin arte, donde en vez de euforia alegre, el alcohol os revela tal como sois.

—La verás allí. La acompaña un anciano muy atractivo.

—¿Y por eso me has llamado?

—Es que hay más. Está también citado Chester Gaunt. Debes sufrir mucho… Ya lo dicen las novelas de no sé quién. El mundo se mueve alrededor del mismo eje: John quiere a Joan, pero Joan quiere a Peter, y Peter quiere a Mary…

—Luana necesita que un director como Mullins le dé el espaldarazo. Mullins vale mucho. Dile a este loco que conduce, que se fije más en los virajes…

—No hay peligro. El coche está asegurado.

4

El palacete romano, de piedras rojizas y mármoles veteados, en sus balcones con cornisas sobre la playa, había sido testigo de muchas fiestas donde el puritanismo de los primeros pobladores, se desahogaba en sus descendientes.

Jack Mullins, un inglés, que bebía mucho sin acusarlo, palmoteo la mejilla de Luana Graham. Un ademán sin equívocos.

—Trataremos de hacer algo bien hecho, niña. En aquel estante encontrarás el guión. Puedes hojearlo, y me das tu opinión. Estaré en la piscina.

Luana Graham empezó a devorar con avidez la letra

mecanografiada del guión.

A su lado, Carter Clintock no acababa de asimilar lo que veía: aquella salita biblioteca, tenía un mobiliario estrambótico.

Estatuillas de alambre pareciendo a punto de elevarse en vuelo, sobre redondas mesas macizas, negras. Taburetes parecidos a setas, y contra las paredes estucadas en plata, cuadros fascinantes.

Fascinaban porque planteaban el problema de pensar si estaban colgados equivocadamente.

Apareció unos quince minutos después de que ella empezara su lectura, un hombre de apuesta arrogancia.

El libreto tembló en las manos de Luana Graham…

—Hola, Luana. No sabes lo que me ha alegrado la noticia. Tenerte de pareja será emocionante.

Chester Gaunt, el joven galán que acaparaba la atención del momento, vino a sentarse al otro lado de Luana.

Miró a Carter Clintock:

—Es mi… abuelo, Chester.

—Tanto gusto, señor. Es el guión… Magnífico, según me ha dicho Mullins, y no suele ser encomiástico.

Volvió a mirar perplejo al detective.

—No sabía que tu abuelo te acompañaba… Está bien, pero si los periodistas se enteran, van a formar una campaña. Quería decirte algo, Luana, pero así, ahora…

Carter Clintock, levantándose, se encaminó hacia uno de los cuadros. Podía ser discreto, y a la vez, saldría de dudas. ¿Estaba pintado un melón entre encajes, o era una pelota de *rugby* caída en una fuente de natilla?

—He reñido con Elizabeth —susurró, por lo bajo, Chester Gaunt.

—¿Sí? —musitó ella, sintiendo una intensa satisfacción—. Era una buena chica.

—Pero… empezó a decir tonterías… Que si yo y tú… Y ahora mismo, Mullins me acaba de decir que formamos una pareja ideal. Como Charles Farrell y Janet Gaynor, allá por el 33.

Carter Clintock siguió pasando revista a los cuadros. Tampoco quería saber si pertenecía al guión o era espontáneo el dúo amoroso.

Pero no tuvo la menor duda, cuando se abalanzó.

5

Chester Gaunt se palpaba el rostro, tambaleándose. Luana Graham dedicaba infantiles insultos al hombre que intentaba en vano, librarse de la sólida llave con la que Clintock le tenía sujetas las muñecas tras la espalda.

El pañuelo de Luana restañaba la sangre que destilaba la griega nariz de Chester Gaunt.

—Un ataque un poco desleal, ¿no, amigo? —Calificó el detective.

—Suélteme, bestia —resopló Holder—. Su deber es proteger a Luana, y no permitir que un mentecato se sobrepase…

—Le soltaré, pero no vuelva a las andadas, o tendría que ponerme serio.

Libre, se frotó Holder las muñecas.

—¡No te quiero volver a ver nunca más! —le espetó Luana—. ¡Te odio, Max!

Fué el momento anhelado por Marilyn Parker, que en traje de baño, apareció seguida por otros dos bañistas en seco: Joe Burns y Bobby Trevor.

—Parece que le sangra la nariz a Chester.

—Le sangra, le sangra —reconoció, convencido, Bobby Trevor.

—¿Qué pasó?

—A la vista está.

—Vamos a bañarnos… ¿o es que no vamos a bañarnos? Eso quisiera saber.

—¡Fuera, piara! —rugió Max Holder.

Bobby Trevor empujó a un lado a Joey Burns.

Luana Graham, llevando de un codo a Chester Gaunt, salió de la estancia, seguida por Carter Clintock.

—Vamos a bañarnos, amigo —invitó Bobby Trevor a Max.

—Al diablo todos vosotros —masculló el guionista.

Y se marchó por otra puerta.

Bobby Trevor rió también, pero sin saber por qué.

6

El hielo y las compresas de carne cruda, amenguaron la

hinchazón. Mullins dijo:

—He prometido a Max Holder, que puede dedicarse a lo que sea, menos escribir. Y sabe que ha terminado su carrera como guionista. Usted no estará para filmar hasta dentro de una semana, y ello supone para mí un retraso. Los estudios alquilados desde hoy, suponen también un par de cientos de pérdidas… ¿No pudo usted esquivar los puñetazos, Gaunt?

—No le vi llegar. Se tiró encima, y yo estaba de espaldas.

—Ya.

Carter Clintock hubiera podido aclarar que un hombre besando con fervor, no se daría cuenta aunque irrumpiera una manada de búfalos.

Luana Graham tampoco quiso explicar la poco gallarda situación en que quedaba el apolíneo héroe de la pantalla.

De las atenciones como enfermera improvisada, pasó de nuevo complacida a oír como Chester Gaunt, proclamaba que al feliz término de la película se casarían.

Volvieron a leer el guión. Dormitó Carter Clintock, pero no pudo reaccionar, cuando contra su cráneo, estalló en cristalino destrozo un frasco vacío…

CAPÍTULO VII

ELIMINACIONES DECISIVAS

1

Otto Glancy miró maquinalmente su reloj pulsera. La hora era la reglamentaria de relevo. Las nueve.

—¿Dónde estuviste metido toda la santa madrugada, Milton?

Explicó Milton Miller:

—En el chalet de Carolyn Lefever. Tuve que jugar unas partidas de *póker*, y a las dos y media, se retiró. El diván que elegí como cama, no era muy blando. Pero tuve que hacer el perrito y dormir ante su puerta. ¿Ha habido alguna novedad?

—¡Qué si ha habido!… ¿Oyes, Jenny? ¿Pregunta que si ha habido alguna novedad? Es formidable… ¡No quiero café! Tengo ya los nervios alborotados, sin necesidad de echarle más dinamita.

—No es tu culpa, monín. Cuéntaselo por orden a Milton. A las once y media nos visitó Luana Graham.

—¿La estrella?

—Sí. Nos entregó este sobre depositado en el buzón 303. Contiene un «pocket-magazine», con letras…

—Y círculos trazados a tinta china.

—Sí. Y decía…

Tendió ella la hoja mecanografiada. Siguió explicando, mientras su esposo paseaba como un oso hambriento:

—Nos pidió escolta. Elegimos a Carter Clintock. Y él puede explicártelo todo, mejor que nosotros.

—¿Dónde está?
—En tu despacho.

2

Un vendaje formaba casco blanco, desde las cejas a la nuca. Los ojos tenían hondas ojeras…

—¡Diablos, Clintock! ¿Qué fué?

—Un botellazo, a la vez qué derribaban la única lámpara de mesa. Nada vi, y nada sé. Desde las dos y quince de la madrugada, hasta las seis y pico, estuvieron los detectives del teniente Malcolm, trabajando en la casa del director Mullins. Tienen una pista, pero la pobrecilla murió.

—¿Luana Graham?

—No quiso ir con Gaunt a la piscina, cuando él quiso discutir una escena con Mullins. Se quedó sola. A mi lado. Pero yo sigo con vida, siete puntos de sutura nada más. Recuperé el sentido cuando ya llegaban los dos coches de la policía.

Milton Miller, tras quitarse la americana, se quitó la corbata.

—¿Cómo se dejó sorprender, Clintock?

—Tengo veinte años de experiencia, jefe. No había puerta ni ventana a mi espalda. Malcolm reconstruyó el camino seguido por el asesino en su ida y vuelta. Se coló por el pasadizo de la playa, y conocía el acceso a la biblioteca de Mullins. Un estante falso que gira sin ruido, y por eso pudo romperme una botella en la cabeza.

—Era por tanto alguien que conocía bien la casa.

—Volvió a marcharse por el mismo pasadizo. Tiene que ser forzosamente un sádico o un loco. He visto algunos cadáveres. Pero será quizás porque esa chiquilla era sencillamente una chiquilla… Es poco la cámara de gas para el asesino, jefe.

—Necesita reposo, Clintock. ¿Lleva el asunto el teniente Malcolm?

—Sí. Y es de los competentes.

Por el dictáfono preguntó Miller si se habían marchado Otto Glancy y su esposa.

Seguían en el despacho y consintieron de buen grado en continuar de servicio hasta que regresase Milton Miller.

3

El teniente Malcolm de la Brigada de Homicidios, distrito norte, era competente, pero latoso, según sus propios adictos.

Hablaba con lentitud, como pesando mucho cada palabra.

—Le esperaba, Miller. Estuve a las ocho con Glancy, y no se puede criticar al escolta de Luana Graham.

—No les he pedido detalles a ellos, teniente.

—Puedo darle los necesarios. Cuando llegué, trataban de disimular que estaban en copas, un productor, Joey Burns, una «starlett», Mary Parker, y un bateador, Bobby Trevor. Llevaba la voz cantante el dueño de la casa, el director Mullins.

Malcolm cogió las galas, y miró un folio.

—En un sillón se encontraba el detective Carter Clintock, con una brecha en el cráneo. Por suerte, le taponó la hemorragia el propio Mullins. Al lado, en el suelo, Luana Graham, muerta. En el suelo, derribada la única lámpara encendida, al ocurrir los hechos, según declaró después Clintock.

—¿En la botella rota?

—Sangre y cabellos blancos. No había en toda la casa y sus contornos la menor huella.

—¿Cómo mataron a Luana Graham?

—Degollada. Un cuchillo muy cortante, por informe forense. No lo tenemos. Fui procediendo por las sucesivas eliminaciones. Mullins busca su coartada en Chester Gaunt y Joey Burns. Bobby Trevor con Mary Parker. Lo confirmó Mullins, puesto que los veía en la piscina. Y apareció el móvil. Poco antes, un guionista, voluntario secretario de la asesinada, y enamorado, había pegado a Chester Gaunt al sorprenderlo en escena efusiva con Luana Graham. Y Max Holder le dijo claramente a Glancy, que estaba perdidamente enamorado, pero que ella no quería a nadie.

—¿Ha detenido a Holder?

—Llegó a su estudio a las seis de la mañana. Como un alucinado. Reconoció que Mullins le había echado de su casa, jurando que era un hombre acabado en Hollywood. Admitió haber pegado a Gaunt. Hablaba como si estuviera bebido, pero no tenía un centilitro de alcohol en las venas. Le entró un ataque furioso, cuando le cité el cadáver de Luana…

—¿Ha confesado?

—Incoherentemente. Pretende que entre dos y seis, recorrió la playa. Cinco millas de arena y pedruscos. Llevaba en efecto los zapatos bastante deteriorados… Todo parece encajar.

—Menos esto.

Miró Malcolm el sobre.

—¿La revista? Me la enseñó Glancy. Gracias por haberla traído. La adjuntaré al atestado.

—Holder sorprende a Luana, mucho después de que esta revista fuera recibida por ella.

—¿Quiere mi opinión particular? No son gente corriente. Tienen reacciones y pensamientos raros. A mí, que me den criminales con honradez profesional.

—¿Podría hablar con Holder?

—A usted, le concedo yo privilegios. Están interrogando a Holder, pero daré orden que le dejen solo.

4

Max Holder, en mangas de camisa, sin cordones en los sucios zapatos, febriles los hundidos ojillos, trataba de encontrar una posición cómoda en sus antebrazos para la dolorida cabeza.

Milton Miller se sentó al otro lado de la mesa empotrada en el suelo de baldosas.

Max Holder alzó la frente, descansando la barbilla en sus antebrazos apoyados en la mesa.

—No la he matado. Destruirla era destruirme. Hubiese matado a Gaunt, a Mullins, a cualquiera de ellos. Una piara. No debió ella ir allá. No la he matado.

—Tengo la copia de cuanto dijo a Glancy.

—Yo mismo aconsejé a Luana que fuera a pedir protección pagada. Y estaba seguro de que no trazaron círculos negros por juego… Joey Burns pudo aprovecharse de mi pelea con Gaunt. Y Marilyn odiaba a Luana… De todos modos, ya nada importa. Ella está muerta, ¿no?

—Con declarar dónde tiró el cuchillo, le dejarán tranquilo, Holder.

—Me lo han preguntado un centenar de veces. Lo tiré al mar.

—¿Dónde?

—¡Al mar! En cualquier sitio, desde cualquier roca. Un paseo intenso. Acababa de perder dos esperanzas: Ser alguien en el cine, y que algún día me viera ella. Porque no me veía como hombre. Yo era para ella, el que sabía contestar cartas. El que sabía dictar dedicatorias breves y jugosas.

—Usted conocía el estante giratorio.

—Por allí se sorprendieron a muchos tórtolos.

—Está haciendo trabajar a tres funcionarios inútilmente, Holder.

—Créame que soy el primero en lamentar la causa. Yo no he matado a Luana… ¡Por todos los clavos de Cristo! ¿Quién mata a lo que es su única ilusión?

—Al perderla…

—Vuelvo a reiterar que todo esto no devolverá la vida a Luana. Si como sospecho, se trata de un lunático, se darán cuenta que están cometiendo un error conmigo, cuando muera otra estrella.

Alguien entró.

—No se mortifique más, señor Holder.

Era amable la voz del teniente Malcolm.

—Le entregarán sus cosas. Ha tenido usted suerte. Dos de mis agentes, recorriendo la playa, encontraron dos pescadores de pulpos. Los hay en la roquiza baja, a tres millas. Estaban con sus garfios tanteando las grietas, cuando le vieron a usted. Un testimonio salvador y completamente fidedigno. No tienen la menor vacilación en señalar la hora, en que le vieron tumbado boca abajo en la arena. Un cuarto de hora antes que matasen a Luana Graham, y permaneció más de media hora. Queda libre, señor Holder.



El libreto tembló en las manos de Luana Graham...

5

Milton Miller esperó la salida de Max Holder. Le señaló su coche.

—Le llevaré a su casa, Holder.

—¿Usted quién es?

—Milton Miller, de la agencia
«P-Men».
No pudo evitarlo el detective contratado. Está malherido.

Alelado, como si la luz del sol le cegara, Max Holder entró sentándose. Dijo:

—Una coartada y quedo libre. Las coartadas no son infalibles.

—Cinco personas no se ponen de acuerdo, en complicidad muy peligrosa. El director Mullins no iba a encubrir a nadie. Y él así como Gaunt, responden por Burns y Marilyn.

—Vigilen mejor cuando aparezca otra revista con arabescos a tinta china. Si el asesino apunta hacia estrellas, y cita la luna, tiene que ser un loco. Creí en un chantaje, pero han matado a Luana… horas después. Déjeme allí mismo, en el «Romanoff». Es triste, pero la materia sobrevive. Tengo sed y hambre.

—Trate de reflexionar en la posibilidad de que no sea un lunático, el asesino. Alguien que tenga motivos para odiar a estrellas como Luana Graham y Carolyn Lefever.

—¿Carolyn Lefever? ¿Qué tiene que ver ella?

—También la han amenazado con el mismo procedimiento empleado para Luana Graham.

—Es un lunático… Elige víctimas tan opuestas, tan diametralmente antagónicas, como Luana y Carolyn…

Bajó Holder del coche, y sin despedirse entró en el bar.

CAPÍTULO VIII

UNA MUJER SINCERA

1

En el despacho de Miller, el abogado Mose Coleman exhibió su mejor sonrisa.

—He estado esperándole con una grata noticia, Miller. Nos avenimos a una amigable componenda. Mi cliente retira su querella.

—Lo celebro. Ponga conferencia con la comisaría de San Diego. Para que cuando se presente Roscoe Evans, le comuniquen que ha de limitarse al pago de costas… por muebles y daños.

—Ante mi insistencia…

—Seguro. ¿Le da igual que nos veamos otro día, Coleman?

—Amistosamente, siempre.

2

Un hombre diestro, iba pensando Miller, conduciendo de nuevo por la carretera hacia San Diego.

Derribaba la lámpara, ponía fuera de combate a Carter Clintock, y degollaba, a Luana Graham, sin dejar una huella.

Un cuchillo…

El odio repentino hacia una estrella… Luana Graham era simplemente una víctima que encubriera el asesinato de Carolyn Lefever.

Sacudió la cabeza, en negativa.

Roscoe Evans era adusto y violento. No podía comportarse como un lunático.

La carencia de móviles en el asesinato de Luana Graham, una vez descartado Holder, envolvía en niebla densa la personalidad del asesino de estrellas.

3

Marta Ambrose, señorial, se excusó en nombre ajeno:

—Carolyn, requerida por una urgente llamada, se ha desplazado a Hollywood. Le ruega se sirva considerarse en su casa, señor Miller.

—Le habrán ya comunicado la muerte de Luana Graham.

—Lo había ya leído en la prensa. Carolyn tiene una gran confianza en usted. Me ha hablado de su polígrafo. ¿Lo considera infalible?

—No del todo. Permite tan sólo apreciar los choques emotivos.

—Debe ser interesante ese detector de mentiras. La hora del almuerzo no sufrirá retraso, aunque siga ausente Carolyn. Faltan aún dos horas. ¿Quiere visitar la casa, o permanecer en mi aburrida compañía?

—Su compañía es altamente interesante, señora Ambrose.

—De labios de un detective que sondea la sinceridad ajena, no sé si es elogioso su cumplido.

—Con usted, sobra el polígrafo, señora.

—Gracias. ¿Tan transparente soy?

—Las personas de su elegancia espiritual, no mienten inútilmente.

—Hay mentiras sórdidas, que evito cuidadosamente. Hay otras compasivas.

—En espera de Carolyn, y ya que a mi pesar, asistí anoche a un desahogo familiar, ¿me permitiría unas preguntas?

—Las deseo. Le diré por qué: no quisiera que se formara un concepto equivocado de Carolyn.

—¿Usted le tiene mucho cariño a Carolyn?

—La detesto con toda mi alma, pero toda mi alma rebosa de un solo amor: mi hijo Earl.

—Y por Earl, soporta a Carolyn.
—Earl está obsesionado con ella.
—Si Carolyn muriera… hay lutos consoladores.
—No llevaría luto. Temería por Earl. Es como una persona intoxicada. Quitarle la droga, significa matarlo. Y si Carolyn muriera, me sería difícil consolar a Earl.
—Carolyn quiere divorciarse.
—No le da motivos mi hijo.
—En Reno basta mencionar la crueldad mental del esposo que lee el periódico mientras desayuna, sin atender al nuevo delantal que ha comprado su mujercita.
—Earl ha acumulado pruebas de la crueldad mental de Carolyn. No prosperaría ni en Reno una demanda contra él.
—Ella se divorció de otros tres anteriores maridos.
—Se avinieron a percibir una pensión. Earl no se aviene.
—¿Conceptúa usted meramente caprichosa, o esencialmente maligna a Carolyn?
—Resentida.
—No entiendo.
—Tuvo una adolescencia muy difícil, en ambiente sórdido. El constante batallar para conservar su puesto en la ciudad del miedo… Hollywood, la ha endurecido mucho.
—¿La ciudad del miedo?
—Todos temen perder su posición, sumirse en el olvido.
—Últimamente, Carolyn ha trabajado poco.
—Conserva aún el suficiente dinero para esperar sin temor.
—Se conserva espléndidamente, pero el tiempo es implacable.
—Hay papeles apropiados para todas las edades.
—¿La urgente convocatoria era para darle un papel de madre guapa?
—No lo aceptaría. Se niega a admitir que tiene treinta y ocho años. Debutó con dieciséis. Lleva muy fácilmente la apariencia de treinta, salvo cuando duerme mal.
Miró hacia el umbral del salón.
El mayordomo dijo:
—Llaman al aparato al señor Miller.
—Con su permiso, señora.
Al auricular, la voz de Otto Glancy, gangueó:

—… Max Holder quiere verte. No quiere decirme por qué. Está sobreexcitado.

—… Hasta mañana, no estaré de vuelta. Si quiere comunicarme algo, dale esta dirección. O pásale el teléfono.

Al cabo de un instante, dijo Glancy:

—… Personalmente. Le presto mi coche.

4

Milton Miller paseaba por los jardines del chalet, cuando reconoció el «Ford» de Glancy.

Acudía, con paso rápido, Max Holder.

—¿Está Carolyn Lefever de vuelta?

—No. Escuche, Holder… Ha pasado toda la noche sin dormir. Va a contarme cosas sin fundamento.

—No, no… Todo lo contrario. Vengo a documentarme sobre el método policíaco. Cuando matan a una persona, aplican, un proverbio latino. Algo así como «cui prodest».

—A quién beneficia. Sí.

—¿A quién ha beneficiado la muerte de Luana?

—Por ahora, que yo sepa, a nadie.

—Si le demuestro que ha beneficiado a alguien…

—Tendríamos tal vez una pista.

Max Holder se pasó la mano por la barbilla necesitada de un afeitado.

—Carolyn Lefever se envía a sí misma una revista, y otras a Luana. Se descarta, al amenazarse.

—Ya lo pensé.

—¿Sabe que Mullins acaba de entregar el guión del año a Carolyn? Si Luana no hubiese muerto esta misma noche, habrían pasado meses y meses, y el guión para Carolyn, se habría quedado en proyecto. Y en Hollywood rebosan por toneladas los guiones en proyecto.

—No está mal. Pero Carolyn Lefever estaba conmigo cuando mataron a Luana.

—¿Con usted?

—Jugando al «*póker*». Le gané ochenta y siete dólares.

—Entonces el «cui prodest» ha sido azar, casual.

Psicológicamente encajaba con Carolyn. Envejece… Una ocasión casi última. Si triunfa dirigida por Mullins, persiste y sobrevive. Mullins tenía los dos guiones seleccionados. Su departamento se decidió por el adecuado a Luana. Apartó el destinado a Carolyn.

—¿Conoce usted a Carolyn?

—Demasiado…

—Un calificativo enigmático.

—No es enigma. Me llamó un día «feo interesante». Me insinué, y… me zumban aún las orejas de las cosas que me dijo y el par de bofetones que me asestó. Me voy… Y olvide mi insinuación malévola.

—Olvidada.

5

Siguió Miller en su paseo. Un hombre diestro, un cuchillo…

A la una, había dejado a Roscoe Evans. Aun con la diestra enyesada, Evans podía conducir un coche. Tenía la suficiente fortaleza como para emplear su mano endurecida…

¿Carolyn prometiéndole un futuro placentero, colmando su pasión, si…?

Un hombre como Evans, introvertido, poco expansivo, que amaba plácidamente a su esposa, podía convertirse en criminal para alcanzar la recompensa de una pasión desconocida.

Carolyn Lefever merecía su renombre de mujer fatal…

—¡Cucú!

Reconoció el perfume de las manos que le cubrían los ojos. Había ya visto la sombra tras él.

—Es el día más feliz de mi vida, Milton.

—Para otra es el entierro.

—Pobre Luana… Una chiquilla en la flor de la edad. Casi es mejor, porque no ha conocido los desengaños, la espera mortal, poblada de inquietud… Envejecer.

—Usted parece un botón de rosa, abriéndose a la primavera.

Le dió un empujón. Tosco, pero cordial.

Irradiaba alegría, exuberancia de triunfo.

—Hasta mi suegra me es simpática hoy. ¿Vamos a comer? Tengo un apetito bárbaro, y mi línea está a salvo.

—¿Conoce a Holder?

—Max es un granuja que me tomó por lo que no soy. Pero el chico no iba a matar a Luana. No hablemos de muertes…

—Estoy aquí para evitarla.

—Luce el sol, y Mullins empieza mañana mismo el rodaje. Un título de pupila. «Nunca amanecerá».

—No quiero parecer un aguafiestas, pero el título no es original.

—¿Cómo que no?

—Ha servido ya para Luana.

—Ella iba a interpretar otro guión…

—Y no ha visto amanecer.

—Con usted desde que anochezca hasta que amanezca, nada me ocurrirá. Vamos a comer.

—Es de día, y no hay peligro. Volveré antes que anochezca.

—Pero ¿a dónde va ahora?

Tardó Miller un instante en contestar:

—A saber dónde estaba a las dos de esta madrugada, un conocido nuestro.

—¿Quién?

—Roscoe Evans.

Ella rió:

—Lo sabe usted perfectamente. ¿No se llevó el cuchillo?

—¿Qué quiere decir?

—Pensé después… Fue Evans.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Lo pensé esta mañana.

—Muy generosa su actitud al no denunciarlo.

—No reincidirá.

—¿Por qué está tan segura?

—Usted lo sabrá convencer.

—Lo intentaré. Hasta luego, Carolyn.

—Un momento… ¿Dijo que iba a preguntar a Evans dónde estuvo a las dos de la madrugada?

—Le devolví el cuchillo.

—¿Evans… Luana?… ¿Qué le había hecho Luana?

—Hasta luego, Carolyn.

Yéndose hacia su coche, Miller, el experto polígrafo humano, consideraba sincera a Carolyn Lefever.

Pero una actriz consumada, es siempre sincera.

CAPÍTULO IX

UNA AGUJA SENSIBLE

1

Roscoe Evans entró en el despacho. Se quitó el sombrero con la mano izquierda.

—Todo va bien, jefe. Libre y con uso de licencia, gracias a usted. Nos iremos a Nueva York.

—Le he enviado a buscar, Evans, para pedirle un favor.

—De antemano considérelo hecho.

—Usted dijo una vez que el polígrafo es una necedad.

—Sigo diciéndolo.

—Quisiera aplicárselo.

—¿A mí? ¿A título de qué?

—Experimental. Cuando usted ingresó, el detector era uno del tipo «Jungk». Poco perfeccionado. Éste es mejor. En el momento de su examen emotivo, dió usted una puntuación netamente favorable. No sabe usted mentir.

—Me agrada que me lo certifique. Lo mismo dice Berta. ¿En qué demostró este cacharro que yo no era un embustero?

—Usted soltó dos mentirillas sin importancia, pero la aguja osciló violentamente.

—Veamos si ahora oscila.

Se sentó Evans donde le señalaba Miller, que tras él, procedió a sujetarle la muñeca izquierda con un electrodo.

Otro electrodo envuelto en caucho, rodeó el pecho del que

comentó:

—Voy a servirle de comprobador.

Detrás de él, Miller examinó la banda que en el tambor iría rodando, recibiendo la presión entintada del punzón.

—Ya conoce el sistema, Evans. Mientras se habla de cosas poco importantes, la aguja traza una línea claramente recta. Pero si le ofendo, usted se acalora, y la aguja traza un zig zag repentino. Pasa lo mismo, si miente… El sujeto experimental, al mentir, fuerza su natural presión sanguínea. ¿Empezamos?

—Cuando quiera.

El tambor empezó a rodar lentamente, y en la cinta blanca el punzón trazó limpiamente el rasgo rectilíneo…

—¿Le gustan los helados, Evans?

—Nunca me gustaron. Si me río, ¿saltará la aguja?

—Ya se olvida de lo más importante, Evans. Usted a de contestar tan sólo, sí o no.

—Sí.

—Usted no es nervioso. Hay personas que viéndose así, someten desde un principio la aguja a una curva constante, pero que no impide reconocer la mentira, porque se altera entonces la curva. Ya sabe usted que la muñequera le mide la tensión; y la almohadilla que parece un embutido sobre su pecho, mide el número de inspiraciones pulmonares. En la muñequera hay dos plaquitas de metal, que fijan el índice de transpiración… ¿Devolvió el cuchillo a su sitio, Evans?

—Sí.

La aguja siguió dibujando un trazo rectilíneo…

—¿En la panoplia?

—Sí.

Los ojos de Milton Miller no se apartaban de los tres indicadores, en alto un lápiz sobre un block.

—¿Leyó, los periódicos hoy?

—Sí.

—Nos separamos ayer a las once de la noche, ¿verdad?

—No.

—¿A las doce?

—No.

—¿Una menos cuarto?

—Sí.

—¿Estaba pues a la una aproximadamente en su cuarto?

—Sí.

—¿Se durmió en seguida?

—No.

—Un botones del hotel, dice que le vió a usted salir hacia la una y cuarto en coche. ¿Es verdad?

—Sí.

—¿Buscaba a una mujer?

—Sí. La mía.

—Conteste sólo con monosílabos. ¿Fué a ver a Berta?

—Su carta me dió rabia contra mí mismo.

—Por favor, Evans…

—Sí.

—¿Conocía a Luana Graham?

—No.

—¿Sabe quién es?

—Si.

—En la playa de San Clemente, le vieron reír mucho la tarde del cuatro, en compañía de Carolyn. ¿Chistes?

—No.

—¿Sugería ella como bromeando una prueba de amor?

—No.

—¿Se divertía ella con usted por última vez?

—Después trató de verla en vano. ¿Se ha curado ya, Evans?

—¡Del todo!

Levantándose, Miller le quitó los electrodos a Evans.

—¿Qué tal soy como conejillo de Indias, jefe?

—Soberbio.

—Usted apuntaba algo. ¿Se puede saber?

—Cien por cien de tranquilidad.

—Un criminal endurecido también se queda impasible, mintiendo.

—Pero como las preguntas representan un cerco, un anillo que se va cerrando cada vez más, miente con aplomo, pero es muy distinta la línea que traza la aguja si le pregunto qué comió, al mediodía, pregunta a la que nadie miente, a si inquiero, qué estaba haciendo a una hora fija. No le hablo de ningún crimen. Y le

pregunto de pronto por una hora… El que tiene la conciencia tranquila como usted, cuando le hablan de la hora en que murió Luana Graham, no reacciona. La aguja se mantiene firme. Bien, Evans, sobran palabras. Ya tiene su certificado… y si tiene qué dar escolta a una vampiresa…

—¡Ni hablar! Por si acaso, me limitaré a escoltar ancianas o varones.

Ido ya Evans, marcó Miller en el block:

> *«Proponérselo como juego instructivo a la señora Ambrose».*

2

Lentamente, dictaba Milton Miller al magnetófono:

—El asesino conoce el pasadizo de la biblioteca. Ha estado pues allí, o pertenece al mundo íntimo del cine. Anuncia que antes del plenilunio matará, pero enviando otro aviso. No cumple con Luana. Se precipita. La misma noche, en que Luana cogía el guión que descartaba a Carolyn. Ésta, amenazada, permanece a solas, ventanal abierto, a obscuras, oyendo música. Actitud extraña en una mujer, en peligro. Puede ser inconsciencia…

Detuvo el cilindro.

—Adelante.

Carolyn Lefever comentó, sentándose:

—Si habla solo, terminará mal, Milton. ¿Cómo sabía que a las seis iba a firmar con Mullins y Burns?

—Me intereso mucho, por su salud, Carolyn. Esta tarde he estado experimentando con Evans. La idea de que un hombre encerrado al parecer en su alcoba de hotel, queda inmune a la sospecha, no me convencía. Pero… ¿Quiere saber lo que me dijo Evans?

—Tonterías.

—Me dijo lo mismo que Holder.

—Otro majadero.

—Que usted mató a Luana.

—De dos majaderos, sólo cabe esperar memeces. ¿Me hizo venir para asegurarse de mí salud?

—Para emprender, juntos el camino hacia su chalet. ¿Supone usted que su suegra admitiría demostrarme su sinceridad?

—Lo es.

—¿Con esto?

Miró ella el polígrafo.

—Está usted con este aparato, como un niño con un caballo de madera.

—Es que no falla. Si se sabe interpretar, no falla. No se atrevería usted, a sentarse en este otro sillón.

—Si quiere jugar, ¿por qué no se busca un mico?

—Las conciencias tranquilas no temen al polígrafo.

—Mi conciencia es negra como un tizón requemado.

—Me conformare entonces con llevar la caja, y probar con su suegra. Manifestó curiosidad por este método.

—Estoy muy cansada, y dormiré apenas lleguemos. Puede usted divertirse con su caja, con mi suegra, y con la plebe de lacayos.

—¿Y si se presenta el lunático?

—Esta noche, no hay más lunático que usted en mi casa.

—Me han dicho que su esposo ha regresado ya al hogar.

—Es un buen chico.

—Su actual felicidad, le hace ser simpática. Cuando quiera, soy todo suyo.

—Repítamelo el año que viene. Este tengo mucho quehacer.

—Lástima.

3

El hombre envarado, en el soporte ortopédico que le sujetaba los clínicamente soldados maxilares, era tan señorial como Marta Ambrose.

Dijo cuando entraba Carolyn Lefever:

—He abandonado la clínica antes de tiempo, para darte mi sincera enhorabuena, Carolyn. Y espero que la eficacia del señor Miller al que saludo cordialmente, permitirá que pronto…

—Ya está bien, Earl. Estoy cansada, y mañana tengo que despertarme pronto. Diviértanse. Miller trae un nuevo juego de

sociedad, muy refinado. Hace furor en
Sing-Sing
y Alcatraz.

Sobre la mesa en el salón, quedó el polígrafo.

Estrechó Miller la mano que tendía Earl Ambrose.

—Mi madre me ha comunicado lo sucedido anoche. ¿Ha descubierto ya al autor del criminal atentado?

—Sí.

—Unos aparatos curiosos, señor Miller —comentó Earl Ambrose.

Marta Ambrose, retirándose, dijo:

—Sírvanse los aperitivos. Tengo que darle el masaje a Carolyn. Es lo único en que estamos de acuerdo.

Earl Ambrose, sentándose, escanció vermut al asentir Miller.

—He oído hablar que es ilegal este detector.

—Judicialmente, sí. Pero experimentalmente es original. Puede calibrarle aproximadamente el tanto por ciento de sinceridad de una persona. Su madre daría un cien por cien. Usted…

—Si le divierte…

—Gracias. Mientras le aplico los electrodos, que no son peligrosos, le expondré la teoría. Prácticamente, nulo…

Tres minutos después, sentado tras Earl Ambrose, que sonriente degustaba de vez en cuando un sorbo de vermut, Miller preguntó:

—¿Es de origen francés su apellido?

—Sí.

—Debe ser molesto comer con este aparato. ¿Le daban sólo alimento líquido?

—Sí.

—Un horario especial y molesto. ¿Cena a las once?

—No. A las nueve…

—Por favor. Sólo afirmación o negativa.

—Perdone. Me figuro que es un juego…

—No lo es. También lo creía Carolyn, cuando antes de venir se prestó a la experiencia. Esta madrugada, le gané ochenta y siete dólares al *póker*. ¿Lo sabía?

—No.

—Hacia las dos… aproximadamente. Una hora en la que usted dormiría honestamente. Comentarios sin la menor importancia, triviales… Y la aguja vibra locamente, señor Ambrose.

—Me pone nervioso este juego. ¿Tiene la bondad de librarme de mi compromiso?

—No faltaría más.

Retiró Miller los dos electrodos. Earl Ambrose sirvió otra vez vermut en las dos copas…

—Un pulso que no tiembla, Ambrose. ¿Por qué no le evitamos una pena a la señora Ambrose?

—No… no le comprendo.

—El teniente Malcolm espera fuera. No existe el crimen perfecto, Ambrose.

—Es usted originalísimo, pero me resulta incomprensible.

—Su coche calza cauchos «Firestone», y en el garaje donde lo encierra, el de la clínica, no hay tierra roja. La tierra roja está cinco millas al norte de Los Ángeles, en torno a la casa de Mullins, por ejemplo.

Earl Ambrose se puso en pie lentamente.

—Usted podría salir de la clínica, sin ser visto, ya que tenía pabellón particular, anexo garaje. La tierra roja… El eterno imponderable que no puede prever el asesino.

—No le reconozco autoridad, señor Miller. Contestaré tan sólo ante una autoridad competente.

—En la carretera espera el teniente Malcolm.

—Vamos allá.

—Usted delante, señor Ambrose.

Envarado, Earl Ambrose caminaba pausadamente.

Antes de llegar a la carretera, le pareció a Miller ridícula su evocación del gentilhombre francés subiendo los peldaños de la guillotina.

4

—Teniente Malcolm, Earl Ambrose.

Apoyado contra el coche, en la carretera, Malcolm preguntó:

—¿Comprobado, Miller?

—Las mismas reacciones que Carolyn, coincidiendo con la declaración de los testigos.

El teniente Malcolm anunció:

—Queda detenido por el asesinato de Luana Graham. Tienda las

manos, Ambrose. Sin rechistar… Acepté como privilegio que el detective Miller comprobara la perfección de su polígrafo.

—Una aguja muy sensible —comentó Miller—. Pero la práctica rutinaria es la decisiva, Ambrose. La tierra roja en los neumáticos…

—Fui a dar un paseo…

—No nos interesa. Al juez y al jurado, Ambrose —dijo Malcolm.

—¿A dónde va usted… Miller?

—A buscar a la inductora, a su Carolyn…

—¡A ella no! ¡Ella… no tiene nada que ver!

—Es inútil tan versallesca defensa, Ambrose. Ella quería divorciarse, y usted la adora… Ella le propuso un trato. Matando a Luana, y…

—¡Dios Santo! Evítenme verla… ahora.

—Tome este block, y escriba. A cambio, no la volverá a ver.

Quitadas las esposas, sentado en el coche, fue escribiendo febrilmente Earl Ambrose.

5

Carolyn Lefever se cubrió con la toalla rusa, sobre la mesita de masaje. Dijo Miller:

—Lo siento, señora Ambrose, pero su hijo quiere verla. Está en el jardín.

—¿Mi hijo?

—Necesita de usted, créame…

Salió ella apresuradamente.

Sentándose, envolviéndose en la toalla rusa, Carolyn Lefever preguntó:

—¿Se le ha soltado el bocado a Earl?

—En imagen figurada, ha dado de lleno en la verdad, Carolyn. Un hombre débil de carácter, que teme verla a usted… Muy bien planeado. «Mata a Luana, ingenia un medio hábil, y un secreto de muerte nos unirá para siempre, Earl»… Pero el ingenio fue excesivo. Amenazarse usted misma, sobraba.

Un relámpago de satinadas redondeces sonrosadas acompañó la huida de Carolyn Lefever.

¿Fué accidente o deseo de un final trágico?

Atravesados los cristales, un cuerpo desnudo fulguró al reflejo

lunar, antes de estrellarse mortalmente.

Había terminado la difícil carrera de la ambiciosa Carolyn Lefever.

FIN



Cualquier momento es bueno...
D.D.T.
...PARA LEER
El DDT
LA PUBLICACION MAS DIVERTIDA DE TODOS LOS TIEMPOS
SOLO CUESTA 2 PTS.



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.